

OBRAS POETICAS

DE DON

MIGUEL ANTONIO CARO

**HORAS DE AMOR—ELEGIAS
CANTOS A LA NATURALEZA**

EDICION OFICIAL

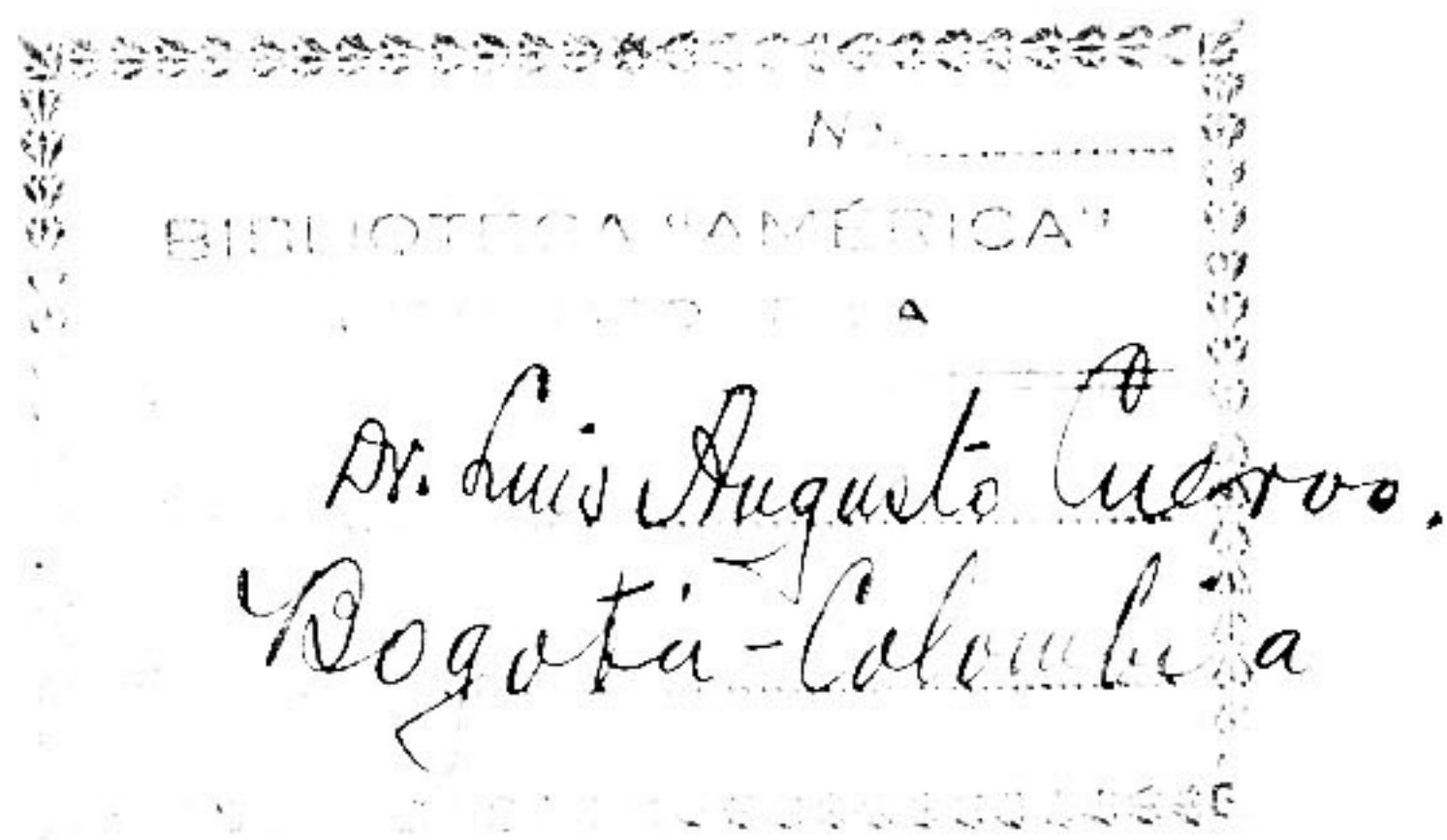
hecha bajo la dirección de Víctor E. Caro

BOGÓTA

IMPRENTA NACIONAL

1929

OBRAS POETICAS





8739

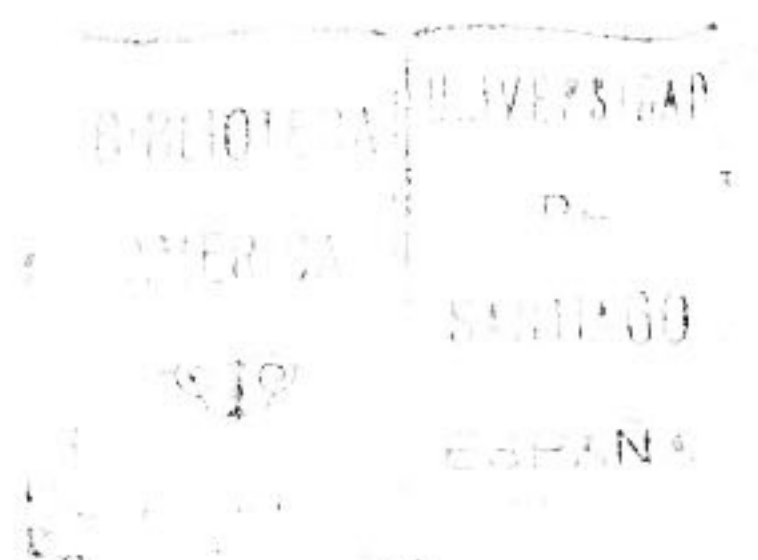
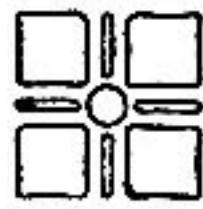
OBRAS POETICAS

DE

DON MIGUEL ANTONIO CARO



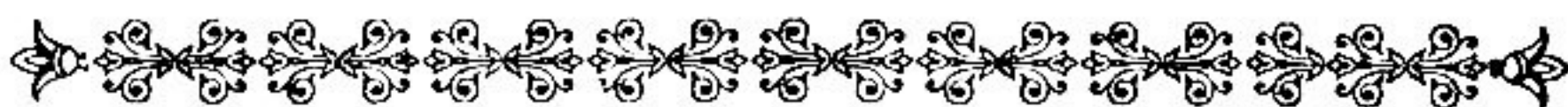
HORAS DE AMOR—ELEGIAS—CANTOS A LA NATURALEZA



BOGOTA

IMPRENTA NACIONAL—1929

HORAS DE AMOR



I

FLAMMA VICTRIX

*En vano fugitiva
La edad pasa, y derriba
El firme muro y el dorado techo:
La que abrasó mi pecho
Llama hermosa y activa,
Sale triunfante de recinto estrecho,
Arrastra inmune el huracán deshecho,
Y ardiendo está en mis versos siempre viva.*



II

HIMNO

Yo, sacerdote de las artes bellas
Que, peregrinas en el mustio suelo,
Buscando inspiración con vago anhelo
Puesta llevan la vista en las estrellas
 Que ornamentan el cielo;
Yo, que ufano al abrigo
Del numen del misterio sacrosanto,
Sus dones gusto y sus preceptos sigo,
Almas amantes, vuestro amor bendigo;
Almas dichosas, vuestras glorias canto.

¡Qué blandamente en el sensible seno
Para la dicha y la virtud formado
Va extendiendo su imperio sosegado
Afecto puro, de esperanzas lleno
 Y de inefable agrado!
Para el que así venciste,
Todo, Amor, tiene vida, todo ama;
Todo de nuevas formas se reviste
Que un colorido toman suave y triste,
Reflejo aéreo de tu dulce llama.

No mostrará el amante, de la infancia
La risa por sus labios indiscreta;
Ama el sordo rumor del aura inquieta
Y de pálidas flores la fragancia
 Y se siente poeta;
 De nuevas armonías
Él lleva en sí los gérmenes fecundos;
Melancólicas son sus alegrías,
Y las diáfanas noches son sus días
Y otros aires respira de otros mundos.

Con paso lento y con incierto giro
Busca en las soledades hospedaje
Entre la majestad bronca y salvaje
Do junta laavecilla algún suspiro
 Al rumor del follaje.
 Tal vez a su mirada
Aparécese, brilla, se evapora
De su cielo la imagen adorada;
Caviloso visita la enramada
Y sin saber por qué, se pára, y llora.

Pero no de tus cándidos amores,
¡Oh noble corazón! por tipo escojas
La aura sutil que en trémulas congojas
Va robando a los árboles sus flores
 Y a las flores sus hojas;
 Ni el bullente arroyuelo
Que agradece con tímido murmullo
Tiernas primicias del fecundo suelo,

Ni las aves de Venus, que en su cielo
Gozosas giran con amante arrullo.

Mas al ímpetu vén de raudas alas
Animado de excelsos pensamientos
Al campo de los grandes elementos
Donde ostenta Natura augustas galas

Y solemnes acentos:

Tu vuelo el aire hienda,
Y viendo aquí morir onda tras onda
Cuando la noche sobre el mar descienda,
Vén un genio a esperar que te comprenda
Y una voz digna que a tu voz responda.

Oh! Vé la inmensidad abrirse en calma,
Oye en su fondo de Natura el grito,
Lée en los cielos tu destino escrito,
Que ese espacio es profundo como el alma

Y como ella infinito:

Mira cielos y mares
Extenderse magníficos, redondos,
Y mira entre sus pompas seculares
Rutilar los más altos luminares
En los líquidos ámbitos más hondos.

Cuando del opulento paraíso,
No bien salieran de sus propias manos,
Hizo Dios a los hombres soberanos,
Su imagen inmortal dejarles quiso

En cielos y oceanos.

«Buscad mis perfecciones,»

Dijo el Señor a la pareja amante,
«En las etéreas últimas regiones»;
Y su dedo a inocentes corazones
Mostró la hermosa eternidad delante.

¡Dichosos ellos si al altar del goce
No a inmolar fuesen su dorado sueño!
¡Triste el que boga con vedado empeño
Y las cándidas nubes no conoce

Que en mi cantar le enseñó!

¡Triste el que nunca vuela

A la bóveda espléndida celeste
Donde amor inmortal se nos revela!
Quien en mares de luz no dio la vela,
Este no supo amar, profano es éste.

Almas, venid, y símbolos doquiera
Gozad de vuestra acorde simpatía,
De la noche gentil y ardiente día,
Del mar profundo y la azulada esfera

En la eterna armonía.

Venid, venid conmigo

A hacer más puro vuestro afecto santo;
Que ufano aquí, de vuestro bien testigo,
Almas amantes, vuestro amor bendigo;
Almas dichosas, vuestras glorias canto.



III

SUEÑOS

Reclinado sobre hojas macilentas
Que el tronco cercan del anciano aliso,
En tu verde ribera solitaria,

¡Oh claro río!

Miro los montes,

Los cielos miro;

Doy rienda al pensamiento y el pensamiento vago
Se aduerme de tus ondas al amoroso ruido.

Si Adán resucitara, no hallaría
Señal ninguna de su Edén perdido
En moradas de reyes ni de damas,

Mas este sitio,

Estos aromas,

Estos sonidos

Le traerían ensueños floridos a la mente
Y olvidados afectos al corazón marchito.

Todos gozamos, como Adán el suyo,
En la edad de inocencia un paraíso
Antes que el labio la vedada fruta

Guste atrevido

Estos aromas,

Estos sonidos

Reliquias me parecen de aquella edad de flores,
De juegos inocentes y de infantil cariño.

Hay vientos envidiosos. Los celajes
De ventura y placer, ¿quién los deshizo?
¿Quién heló del amor blandas querellas?

Recuerdos vivos
Cruzan mi mente
Diáfanos, límpidos;

Mas luégo poco a poco se van desvaneciendo
Cual de mañana huyen ensueños peregrinos.

Ay! que todo lo bello es momentáneo!
Ay! que todo lo alegre es fugitivo!
Las espumas, las nubes, los amores.

¡Oh claro río!
Miro los montes,
Los cielos miro;

Do y rienda al pensamiento, y el pensamiento vago
Se aduerme de tus ondas al amoroso ruido.

Apenas en el mundo habrá paraje
Para gozar a solas sin testigo,
Tan delicioso cual tu verde orilla,

¡Oh claro río!
Las tiernas aves
Te dan sus trinos;

Los árboles te abrigan con vacilantes sombras,
Los céfiros te arrullan con apagados silbos.

Hurtándose a los hombres Primavera
Conserva aquí su virginal hechizo,
Voluptuosamente adormecida;

Por eso, ¡oh río!
Orlan tu margen
Rosas y lirios;

Y al percibir mi aliento, las auras se estremecen
Y tiemblan en las hojas las gotas de rocío.

Suspénde el paso: este encantado albergue
Parece por los ángeles traído,
Palacio del amor, cárcel de amores.

El rayo oblicuo
Del sol fallece
En el tejido

Follaje que te guarda cual protegiendo un robo,
Y aquí la tarde es lenta y aquí el ambiente es tibio.

Llenas de esencia y de placer las flores
Agrupadas te salen al camino
Para mirarse al verte y que las mires:

Y ya al oído
Te dicen ellas
En el sencillo

Idioma que tú entiendes, verdades que enamoran:
«Somos de amor las hijas que para amar nacimos.»

Mas huyes, vuelas! La ilusión te engaña
Y la fuerza te impele del destino:
Así también de mi niñez hermosa

Dejé el abrigo,
Cual tú engañado,
Cual tú impelido.

Ay! cruzarás llanuras en soledad amarga;
¡Retroceder no pueden los hombres ni los ríos!

El aire a veces tu rumor se lleva,
Siéntese entonces general vacío;
Se asusta el corazón, despierta a el alma
Con un latido;
El alma llora
Bienes perdidos:

Mas vuelven los rumores, y el pensamiento vago
Se aduerme de tus ondas al amoroso ruido.

Ay! que para morir las alegrías
Toman de la tristeza el colorido!
Tus murmullos en ecos se prolongan
Que son suspiros,
Y en sombras mueren,
¡Oh claro río!

Así a las frescas voces de los primeros años
Los años que en pos vienen responden con gemidos.

Yace en mi corazón cerrado un cofre....
Yace del mar en el más hondo abismo
En un arca de plomo ¡quién creyera!
Genio cautivo;
Allí es su cárcel;
Rebelde ha sido;

¡Antes que fuese el hombre, cayó del quinto cielo,
Y así le pasan años, y así le pasan siglos!

Echando un día un pescador sus redes
(Esto refieren orientales libros)

Saca el arca de plomo, la abre, y sale

Leve un humillo:

Ya es parda nube,

Ya es un vestiglo

Que los brazos enormes abriendo en el espacio
Parece que dijera: «El firmamento es mío!»

Pero la eterna maldición le abruma,
Siente el arcángel desmayar su brío;
Ya no es coloso, sino parda nube;

Ya es un humillo,

Ya está en el arca;

Rebelde ha sido;

Y el pescador temblando devuelve al mar la pesca,
Y encima pasan años y encima pasan siglos.

Yace en mi corazón cerrado un cofre,
Allí el ángel de amor con sus delirios;
Ya en tu verde ribera se levanta,

Ya es leve humillo,

Nube gigante!

Mas luégo él mismo

A las profundas grutas del corazón se vuelve,
Y duerme de tus ondas al amoroso ruido.

El sol desapareció; se apaga el día;
Cúbrese el cielo de funéreos visos;
Naturaleza entristecida calla;
 Adiós, oh río!
 Todas las tardes
 Vendré a este asilo
A soñar a la sombra de tus copados árboles,
De tus bullentes ondas al amoroso ruido.



IV

AMOR

Señor! el que orgulloso en su ignorancia
En solitaria estancia
El rastro sigue de la ciencia escrita
Y de los mundos el arcano explora,
Sólo estériles dudas atesora
Y el rastro pierde de tu luz bendita.
Y si a dolencia extraña
Que su vida acibare permitiste
Sus sueños anublando de ventura,
La frente abate en indolencia triste,
O ansioso desespera
Y de la nada en la mansión oscura
Término hallar a su penar quisiera.

Para él Naturaleza
Es pobre en su riqueza
Y en su elocuencia calla:
La estrella de la tarde no le inspira
La santa suspensión de la tristeza;
Ha perdido la fuente sus rumores,
Han perdido las flores su perfume:
Como ilusiones mira
Los ensueños, las risas, los amores;

Más realidad no halla
Que el nebuloso mal que le consume.
Y si en lúcido instante considera
 La gloria de la vida
Y la música inmensa que derrama,
Ve la felicidad que de él se olvida,
Al placer oye que a los otros llama.
 ¿Dónde hallará consuelo?
Lo ha buscado en los gozos de la tierra
Y en la esperanza que engalana el cielo.

Mas si aún perdón merece en su extravío
Y compasión en su infelice estado
 Tu amor se compadece
Y su espíritu alienta atribulado.
Cual salió de tus manos alba y pura,
Radiante de inocencia y de ternura,
La mujer a sus ojos aparece;
 La llama de la vida
 Su corazón abrasa
Y a iluminar su pensamiento pasa
En purísimo rayo convertida.

Entonces el dolor se desvanece
O de pena se cambia en beneficio,
 Pues ocasión ofrece
Al sublime placer del sacrificio.
Si salud, abundancia le prodiga
 Generosa tu mano,

Y en el seno gentil de la hermosura
(Premio no indigno de mortal fatiga)
Algún tierno favor conquista ufano,
Lo recibe cual dón de añadidura;

El que en amor renace
Amando vive, amor le satisface.

Y si desnudo, enfermo,
Solo le dejas del amor las aras,
Pobre se mira pero no infelice,
Y en su pobreza tu bondad bendice.

¿Cómo no bendecirte, si en su seno
Antes nutrido de letal veneno,

Alienta vencedora

Llama que vivifica,

Que ni el dolor la enturbia ni aminora

Antes la adversidad la purifica?

Los nítidos acentos, las miradas

De la beldad que el corazón adora,

Centellas de tu seno desprendidas,

En vaso de elección depositadas,

El ánimo suspenden

Y en él la llama santa

Que hacia ti sin saberlo se levanta

Como el ministro la del templo, encienden.

«Dios, que no necesita

«Al bajo insecto, y que en el cielo habita

«Su espléndido palacio,

«Diréis que perdonó porque le ama,
«Al hombre, átomo vil, que en el abismo
«Insondable se pierde del espacio;
 «Y que humanado él mismo
 «Por salvarle se inmola
«Y le ciñe del ángel la aureola?»

Así el orgullo, así la duda clama;
 Mas en amando el hombre,
Ya no hay milagro con que amor le asombre;
 Que a tu imagen formado,
Por heredada inclinación consiente
En ceder sobre el pálido egoísmo
Al encendido amor la primacía.
 Ama; el objeto amado
 Vive en su fantasía,
Llena su corazón; y al verle, siente
Que si en mundos remotos le perdiera,
Con la misma pasión le buscaría
Sin hacerle temblar la muerte fiera.

 ¡Oh enseñanzas sublimes
Con que la mente y corazón redimes
En la escena de amor! Con fe sencilla,
 ¡Oh padre de los hombres!
Ya de la vida el alma se enamora,
Y de su propio amor se maravilla;
 Humíllase a tu planta,
Y arrepentida tu perdón implora,
Y agradecida tus bondades canta.

Gracias te doy, y a la beldad bendigo
Honestas, dulce, pura,
Que envías a librarme de castigo,
Portadora de paz, de luz, de ciencia,
Símbolo de ventura,
Muestra de tu bondad y omnipotencia.



V

RECUERDOS

¡Cuántas tú me despiertas
De olvidadas historias
Tristísimas memorias,
Tan pálidas e inciertas
Cual la sombra que vaga
Después que el sol se apaga!

Cuándo, cómo o en dónde
Te conocí algún día,
Pregunto al alma mía,
Y mi alma no responde,
A su vez meditando
En dónde, cómo y cuándo.

¿Siglos hace? ¿Habrá sido
En este triste suelo,
O en la región del cielo?....
Envuelto en alto olvido
Misterio tan sublime,
El corazón me oprime.

Así el que hendió los mares
En su estación florida,
Y el resto de la vida

Pasó libre de azares,
Si alguna vez, ya anciano,
Mira bajel lejano,

Cruzar ve de repente
Aéreos a distancia
Los días de su infancia;
Más que recuerda, siente,
Y al pecho con tristeza
Inclina la cabeza.

Siempre a ti consagrada
Mi lira fue, sin duda;
Pues de adormida y muda,
Revive a tu mirada,
Y combina sonidos
Que me son conocidos.

¿Algo tú no recuerdas?
¡Oh virgen! ¿No conoces
De tu cantor las voces?
¿Podrán ser de mis cuerdas
Nuevos a tus oídos
Los sones, los gemidos?

¡Robásteme el sosiego!
¡Por ti tanto cavilo!
Y desmayo, al asilo
De mi dolor me entrego,
Y en lo escondido lloro,
Y en silencio te adoro!

VI

MIRANDO AL CIELO

Cuando a los cielos de esplendor bañados
Húmeda y pura la mirada envías,
Tu frente inunda y tu risueño labio
Plácido gozo.

Muda me invitas a evocar contigo
Aureas visiones. Mas distingue sólo
De etéreos velos el azul profundo
Turbia mi vista.

¡Alma inocente! Disfrutar te es dado
Glorias negadas al mortal. Vencida
Cae de lo alto la ilusión, y humilde
Lágrima enjugo.

Y a ti volviendo, sin envidia mala,
Gozo en tu dicha; ¡y recompensa es dulce
Ver en tus ojos retratado el cielo
Que ellos admiran!



VII

A UN AMANTE

Cual esta opaca hora
Süave y melancólica, cercana
La noche anuncia sin salir del día,
Tal la doncella cándida que ahora
(Ya tu cariño presentirla pudo)
Se inclina a su ventana,
Y tu amable saludo
Vuelve con virginal benevolencia,
Abre el pecho al amor, amor concibe,
Sin ajar su corona de inocencia.

No más amor se llame
El animal instinto que seduce
A incauto corazón; ni el que reduce
Caviloso interés, a yugo infame.
Amor: celeste encanto,
Vaga melancolía,
Fuego secreto y vivo, afecto santo:
¿Quién su nombre inmortal profanaría?

Cuando en noche serena,
Luz vaporosa el horizonte llena,
Y en su seno de plata
Mudo el río los árboles retrata,

¿Cuánta vaga ilusión, qué de memorias
Cual de soñadas glorias
No se elevan en tu alma? El pensamiento
A la mansión amada
Vuela, y algún suspiro das al viento.

Mas no a tu fantasía,
Viene ella sólo en la nocturna escena;
Su imagen inocente
Vela tus sueños y tus pasos guía
Y de la tentación salva tu mente.
¿Y quién dibuja esa encantada idea
Sino el amor? Bendito el amor sea!

Oye: ¿saber tú quieres
Quién es esa beldad? En el principio
Cuando de tantos seres
Como ciñe la mar y el sol rodea,
Dios en tranquilo sueño
Concertaba el diseño;
Cuando de la armonía
Universal que hoy miras realizada,
El la forma ideal preconcebía,
Antes que aquella voz solemne: Séa!

El seno fecundase de la nada,
Tu imagen y la imagen de tu bella
Creó el Omnipotente
Y, asociadas figuras, tú a par della
Vagabas ya por la divina mente.

En el valle la encuentras de la vida
Presentida beldad, mas no esperada,
Y a su afable mirada
Tembló tu alma y se inclinó vencida.

Ella también se estremeció: lejana
Reminiscencia, inspiración celeste,
Dícel a ella de ti: tu hermano es éste;
A ti de ella te dice: esa es tu hermana!
Oh! qué dulce es amar a la inocencia
A quien dio la belleza su aureola
Y la ternura su apacible esencia!
Esa divina llama
Que arde en tu pecho, no la extingas; áma;
Es fuego que el espíritu acrisola.

Ni temas de fortuna
Ajusto el ceño ni mudanza alguna.
El vínculo secreto
¿Quién podrá dividir de dos amantes?
Sacan valor si adversidad los hiere:
Y cuando el cuerpo muere,
Vuélvense allá donde se amaron antes!



VIII

MI ESPIRITU

No sólo habla la voz. Cuando sereno
Tiende la tarde en derredor su manto,
Si a tu piano de ilusiones lleno
Le haces hablar en su lenguaje santo,
¿No percibes que bullen en su seno
Los apagados ecos de mi canto?
O si apoyada estás a tu ventana,
¿Cerca no ves alguna sombra vana?

Esa es mi alma, soy yo, que la preciada
Plácida esencia de tu seno aspiro;
Mudamente a tu lánguida mirada
Responde entrecortado mi suspiro.
Como el aire y el agua en la enramada,
Como dos nubes van en sesgo giro,
Como dos aves en errante vuelo,
Van nuestras almas por el mismo cielo.

¿No es verdad? Suspendiendo tus labores,
Fija la vista en la extensión vacía,
Por esferas tal vez vuelas mejores
Llena de virginal melancolía:

Ignorantes de místicos amores,
Sin sospechar que entre ellas eres mía,
Tu silenciosa, inmóvil faz notando,
Tus hermanas dirán: «¿qué estás pensando?»

Naturaleza toda se conjura
Para unir en su encanto a los que aman:
La bullidora fuente que murmura,
Las aves que en el árbol se reclaman:
Nos hablan con acentos de ternura
Los mares mismos que interpuestos braman:
Todo lo anima nuestro amante anhelo,
Naturaleza toda es nuestro cielo.

Y cuando, oculto el sol en Occidente,
La inmensa creación parece muerta,
Di ¿de ese corazón, Cintia, inocente,
No has sentido que yo llamo a la puerta?
¿No te sucede involuntariamente
Que, cerrados los ojos, una incierta
Imagen dibujarse ves delante?
Esa mi imagen es; ese es tu amante.

Y yo sin ti! de ti tan separado,
Y siempre con tu amor el alma inquieta!
Yo vivo de la dama en el teclado,
Tú en la cítara vives del poeta.
El destino me aparta de tu lado,
Mas al tuyo mi espíritu sujeta;
Querrá que nuestro eterno sentimiento
No lo empañe la tierra con su aliento!

IX

EL ASILO

Quia amore langueo.

¿A quién no sucedió, vagando acaso
Por las orillas de encantado río
Decoradas de rústico atavío,
Involuntario detener el paso
Si un sitio mira umbrío?

Y con tristeza plácida, hospedaje
A ese sitio, capricho de Natura,
Pide; que allí la sombra es más oscura
Y oculta la avecilla entre el follaje
Canta con más ternura.

Tal me detengo en la modesta estancia,
De gracia y de bondad sacro retiro,
Donde lo bello realizado miro
Y del cielo la mística fragancia
Arrobado respiro.

Y en balde con ciudades populosas
Me cerca el mundo y de esplendor profano;
Natura su ancha escena me abre en vano,
Y en vano a ver sus ondas majestuosas
Me invita el oceano.

Que la piedra preciosa recatada
Vale más que los montes de granito;
Un eco dice más que un alto grito;
Presta más un rincón de esta morada
Que el espacio infinito.

Mas aquí, a poco, sufre el alma y gime
De afectos tiernos e inquietud llevada;
El placer que respira la anonada,
Y al corazón desfallecido oprime
Enfermedad sagrada.

Tal, gozando región de luz más pura,
Ronda la mariposa inadvertida
La llama que con brillos la convida,
Y en el nítido umbral de su ventura
Deja en despojos la infelice vida.



X

VOTOS

Hoy que acoges, señora,
Muestras de estimación con leda frente,
En el libro do el lápiz atesora
Recuerdos de tu vida
También mi afecto puro halle acogida.

Oh! si una vez los montes
Mover pudiese el verso peregrino
Cual la fe viva, o si de blanda rosa,
Cual la oración ferviente, milagrosa,
Supiera entapizarnos el camino,
Yo a su influjo divino
Te alzara un porvenir, fueras dichosa!

Mas dí, oh joven! ¿qué falta a tu ventura?
De gracia y de natura
En ti reúnes armoniosos dones,
Y encanta tu bondad los corazones
Cual campos fertiliza
Limpia fuente que bulle y no murmura.

Ah! falta, falta sólo
Que en el sendero humano
Cosa que mires, flor que toques, sean
Dignas de tu mirada y de tu mano,
Y homenaje te den cuantos te vean.
Eso mereces tú, yo lo deseo,
Y de engañarme trato
Con tan bella ilusión. Mas, dura pena!
La verdad es que el mundo es muy ingrato;
No hay hombre digno hasta donde eres buena!



XI

GUERRA Y PAZ

Volaba ayer mi pensamiento rápido
Llevado de esperanza y de ambición,
Buscando ansioso en el profundo cielo,
Con alentado vuelo,
Ignea región.

Volvió de allá mi pensamiento lánguido
Arrepentido de su empeño audaz,
Y las alas inclina hacia la tierra;
Cansado de la guerra
Quiero la paz.

Ayer buscaba el trueno y el relámpago;
Hoy el silencio busco y la quietud;
Ayer mi canto resonó a distancia;
Hoy en modesta estancia
Pulso el laúd.

Ayer amé las olas y los mástiles;
Hoy cautö huyo del hirviente mar;
Fui en pos del siglo que a la plebe asombra,
Hoy me place la sombra,
Amo el hogar.

Y alucinado, a los instables ídolos
Que alzó la moda, admiración rendí;
Hoy el prudente corazón no admira;
 Sólo de amor suspira,
 Sólo por ti.

Amor todo ternura, afecto, lágrimas;
La casta confianza es su placer.
Oh! si pudiera, sin decirte nada,
 Mostrar a tu mirada
 Todo mi sér!

Entonces hospedándome benévola
No recelaras por tu prez gentil;
No temieras cubriese mi cariño
 Del invisible niño
 Dardo sutil.

Guárda en buenhora los favores últimos:
Puro cual tus miradas es mi amor;
Yo sólo pido a tu inocente seno
 Compasivo y sereno,
 Sombra y calor.



XII

EL DESCUBRIDOR

¿Quiéres, mi dulce Cintia, quiéres, mi buena amiga
Que cuánto yo te amo con palabras te diga?
Oye: cuando uno viene de algún país lejano
Do fue de ciencia en busca, cual la ave en pos de grano,
Cuando recapacita su ya pasada historia,
Y tierras, mares, hechos repasa en su memoria,
Narrar apenas puede lo que ha visto y oído;
Acaso le interrogan y enmudece afligido.

Mi amor es puro y vago, misterioso y fecundo,
Más hermoso que el cielo, más que la mar profundo.
Si así cual signo tienen extraños pensamientos
Tuviesen su lenguaje también los sentimientos!
Tánto al hombre no es dado, ni a ensayarlo me atrevo;
Traigo, Colón segundo, de amor un mundo nuevo.



XIII

TODO LO PUEDES

Cuando un sentimiento acerbo
Tu mente ocupa, y embarga
Tu lengua, y anubla entorno
Esta tu frente sin mancha.

¡Oh, cómo el amor se aflige
Cómo la ilusión sus alas
Inclina. ¡Qué árido el mundo!
Y la existencia, qué amarga!

Tú con tu yerto silencio,
Tú con tus tristes miradas,
Aun lo inocente castigas
Y toda esperanza apagas.

Mas si tu fisonomía
Se recobra y se dilata,
Y cual te hizo Dios te muestras,
Amorosa, y dulce, y mansa,

¡Cómo la mente iluminas!
¡Cómo el corazón encantas!
¡Oh reina! todo lo puedes:
Das muerte y vida regalas.

Tú lo culpado perdonas,
Tú lo caído levantas:
Tú súbitamente alegras
Las soledades del alma.

Tú con tu presencia sola,
Tú con sola tu palabra,
Aun más la dicha enfloresces,
Aun más la gloria abrillantas!



XIV

DESENGAÑO

Te vi en modesta estancia
Como flor a los céfiros esquiva,
Recatar tu fragancia;
No vana, no festiva,
Mas con húmedos ojos pensativa.

En tan dichoso día
Te vi, te amé; mi corazón sediento
De ideal simpatía
Himnos alzó en el viento
Y gozaba en su propio rendimiento.

Ay! cuán presto se páрте
El verdadero amor rico de gloria!
Vinieron a tentarte
Esperanza y memoria
De un falso gozo y de una triste historia,

No ya en mi compañía,
Afable y complaciente sonreíste
Con profana alegría.
Ah! mi alma se resiste
A creer, a esperar, y todo es triste!

Hoy con la vista herida
Odioso miro cuanto vi más bello;
Las flores de la vida
Hoy como espinas huello;
Sombra es de muerte lo que fue destello.

Y sufro y desespero
Pensando, o fatigado me aletargo;
Me ofende el mundo entero,
Y te amo sin embargo
Con escéptica fe y amor amargo!

Ya, ya me precipito
Si no logro alcanzar sublime altura;
O un amor infinito
O eterna desventura
A tientas busco en mi febril locura.

Si tú amarme de veras
Y yo olvidar pudiese lo pasado!
Tú ángel redentor fueras,
Yo corazón postrado
Que revive al amor glorificado!



XV

EL BAILE

Mientras en regia sala
Entre esplendente lujo
Los placeres del baile
Goza alegre concurso,

Yo de un rincón sombrío
Sigo con ojos mustios
Las elegantes vueltas
Que profano no turbo.

Cintia: entre el tropel vano
Y voladores grupos,
Ceñida en otros brazos
Entonces te descubro.

Oh! qué cáliz de amargos
Pensamientos apuro
Midiendo lo distinto
Que es mi reino del tuyo.

Tú, ídolo del baile;
Tú, obsequiada de muchos:

Yo, morador de sombras,
Yo, huésped de sepulcros!

Quizá, quizá un instante
Por tu mente allí cruzo:
Recuerdo indiferente
Que agradecer no curo.

No volveré a invitarte
A mi recinto oculto,
Que ser no quiero, Cintia,
Robador ni verdugo,

Cual caballero antiguo
Cuando entre fiestas súbito
Su dama arrebatava
A bosques taciturnos.

Fuéramos extranjeros
Los dos viviendo juntos;
Tú no quieres mi patria,
Yo no entiendo tu mundo.

¡Desesperante idea!
Así cavilo y sufro
Con tristeza inefable
En estupor profundo.



XVI

LA CONFUSION DE LENGUAS

Et erat terra labii unius.

I

La historia del mortal es su pecado:
Fue el sueño de un instante su reinado
Y eterna es su cadena.
Pecó Adán, y el Señor dijo a Natura:
«¡Séle extraña u hostil; cálla o murmúra!»
Fue la primera pena.

Natura obedeció; negó homenaje,
Negó el Edén al hombre su hospedaje;
Mas aún quedóle espacio:
Hizo un manto de hojas contra el frío,
Guarecióle una choza del vacío
Y fue esta choza del amor palacio.

Milagros del amor: dábanse un nombre
Siempre elocuente, la mujer y el hombre
En perenne armonía.
Milagros del amor correspondido
Que en pobres pajas de ignorado nido
Al mundo desafía!

Ellos de su futura descendencia,
Condenada a pobreza y a dolencia
A veces se acordaban;
Mas «penas llevaderas,» se decían,
«Si, cual nosotros, al amor se fían»;
Y ellos mismos así se consolaban.

Pecó después, no un hombre, el pueblo entero,
Y a Natura el Señor dijo severo:
«Hoy tus fuerzas desata;
Al soberbio mortal náufrago inunda;
Cubran el orbe en confusión profunda
Tormenta y catarata!»

Y pasaron las recias agonías:
Germen quedó de los antiguos días;
Repoblóse la tierra.
Tornó a pecar, no un hombre, el pueblo entero;
Dios el castigo fulminó tercero,
Y este es el fallo que mi mente aterra!

La humana criatura a etérea cumbre
Quiso alzar de su alcázar la techumbre
E irguió su pensamiento;
Juró escalar hasta el dosel del mismo
Que por salvarla de insondable abismo
Le dejaba un cimientto.

Y el Señor en su ira así tronaba:
«Publíquenlo los vientos: hoy se agrava
Mi sentencia tremenda:

No entender a Natura fue el castigo
Que ayer impuse en el Edén; hoy digo:
Jamás al hombre mismo el hombre entienda!»

II

Hélos ahí peregrinos,
Desorientados, dolientes,
Ceñudas las regias frentes,
Anhelante el corazón:
Todos por incierta vía,
Cada cual por su camino,
Buscando un eco divino
Y hallando una maldición!

Ellos, respuestas pidiendo,
Han cruzado tierras, mares,
Y a los altos luminares
Tal vez tentaron volar;
Mas ni en el suelo, ni en la onda,
Ni en la esfera cristalina
Voces que el alma adivina
Han logrado despertar.

Que toda senda al desierto
Llevó al que afanoso yerra,
Y el que en ciudades se encierra
También sufrió soledad.
Ni al hombre naturaleza,
Ni el hombre mismo responde;

Siempre una cifra se esconde
Y es problema la verdad.

No se entienden los que juzgan,
Y porque no hay expresiones
Con qué acordar opiniones
Se ve la sangre correr.
No se entienden los que aman,
Y porque no hay elementos
Con qué explicar sentimientos
Gime el hombre y la mujer.

En balde investiga el sabio
Aquel primitivo idioma
Lleno de luz y de aroma
Del adámico pensil;
Perdióse, perdióse el habla
Que la verdad santa inspira,
Y en su lugar la mentira
Forja audaz dialectos mil.

¡Cuántas veces gasta el alma,
Bien cual en morbosos estado,
El tiempo, ese dón sagrado,
En rodar entre una red!
¿Cuántas sus bríos no apura,
Bien como en lucha infelice,
En trato que amor se dice,
Sin nunca aliviar su sed?

Nos aman, y no sabemos
En dónde ese amor se halla,
O porque franco no estalla
O porque ocasión faltó.
Amamos, y acaso somos
Esclavos de un sér indigno;
Con este espantoso signo
Angeles conozco yo.

Cuando dos almas unísonas
Se acercan tras lid tan larga,
Ya el pasado, fuente amarga,
Les emponzoña el placer;
O al morir se reconocen,
O la una florece amante
Mientras la otra agonizante
Sólo alcanza a agradecer.

Yo, siempre de amor sediento,
La codiciada respuesta
En una mirada honesta
Una vez leer creí.
Pasó; fue un sueño; me queda
Cual celaje moribundo
El recuerdo de ese mundo
Misterioso que entreví.

¡Dios mío! ¡Cuánto consuelo
Si al fin volviese el reinado
Del amor en el sagrado
Palacio de la verdad!

Ah! corrompidos en siglos
Por la impotencia y el dolo,
Acaso halláramos sólo
Mayor infelicidad!

III

En muchos, entre tántos reprobados
Con la voz se anubló la inteligencia;
Y son quizá los menos desgraciados
Porque no tienen de su mal conciencia.

Ya, cual fieras, habiten despoblados,
Ya, cual deidades, opulentos nidos,
No presumen del alma los cuidados
O se burlan tal vez de sus quejidos.

Entre el vulgo procaz o indiferente
Va errante a par quien por su bien suspira,
Hombre que inspiración lleva en la mente
Y entre las manos, náufrago, una lira.

¡Una lira! Reliquia de su gloria,
Que a veces de sus lágrimas movida
Recuerdos brota de olvidada historia
O anuncios tiernos de ilusión querida.

Y es la lira, aunque dón privilegiado,
Símbolo cierto del tercer castigo,

Cual dura, aunque fructífero, el arado,
De la primera maldición testigo.

Que el vate sabe bien cuánto ha perdido
Y él sufre sólo por su raza entera;
Siente la insuficiencia del gemido
Cuando el daño común gemir quisiera!

Y cual las tristes a quien finge el mito
Colmando algo sin fondo gota a gota,
Con su laúd, un mal que es infinito
El trata de exprimir nota por nota.

¡Temerario tesón! ¡Mísero canto!
Mal exhalado crece el sentimiento;
Sorda la tierra bebe nuestro llanto
Y nuestras quejas se las lleva el viento!

IV

Siglos há, viendo que todo
Claro a responder resiste,
Una traza ideó el Genio
Hábil, atrevida, insigne.

«Y pues calla, dijo, o habla
En enigmas lo visible,
Yo sacaré de mi mente
Quien a mi querer se humille!»

Y ora con golpes valientes,
Ora con toques felices
Tendió o abultó figuras
Que con lo vivo compiten.

Hélas, milagros inmóviles,
Apariciones tangibles;
*Y ah! cuán muda es su respuesta
A quien respuesta les pide!*

Y ese estar petrificados
(Que hasta su inquietud es firme)
Lleva visos de anatema,
Es el legado de un crimen!

Narra la historia que un día
Al pie de su obra sublime,
El Genio, que la miraba,
«¡Hábla!» imperioso la dice;

Y su metálico cetro
En su creación imprime
Golpe que electrice el mármol
Y que a responder le obligue.

En vano: a su autor la estatua
Silenciosa sobrevive,
Y del pincel enojado
Dizque aun la señal existe.

V

Así en Edén perdida su inocencia
Y en Senar luégo su elocuencia pura,
¿Qué ha quedado al humano sin ventura?
Le ha quedado el amor.

Amor infortunado, amor viudo
Que de genial intérprete carece,
Que nutrido de lágrimas fallece
Y mustio de dolor.

Y tal vez a perderlo nos condene,
Ultimo dón, por última desgracia,
El gran pecado de esta edad reacia
Que derribó el altar.

Ella, ella al Dios que el universo llena
Busca loca en recónditos asilos,
Y a la razón sacando nuevos filos
Le quiere herir, matar!

Mas ¿qué es perderte, amor? ¿Qué sirve al ciego
Que nunca realizó lo que imagina
Si ricos pensamientos ilumina
Con mágico matiz?

sí el alma que excelsos sentimientos
Guarda, y en lid por desahogarlos gime,
Con salir de esa lid ¿no se redime?
¿No es menos infeliz

Nó; que vales amor, aun más que cuestas:
Consuelo del viviente desterrado,
Tú le preludias superior estado,
¡Oh prenda de su Edén!

Mal declarado, mal correspondido,
Renuevas los suplicios del infierno,
Pero instantes del éxtasis eterno
Nos dispensas también.

Más pienso: del precito nos aleja
Y nos arrima al querubín tu llama:
Que el demonio aborrece, el ángel ama,
Los distingue a los dos

Cuando a juicio se yerga el mundo muerto,
El odio tiznará a los delincuentes
Y tu aureola ceñirá las frentes
De los hijos de Dios.



XVII

EL ARCA DEL DILUVIO

Ubi est, mors, victoria tua?

i

He vuelto solo al césped del collado
Do tú, Rogerio amigo,
Cuando la tarde halaga al mustio prado,
Ibas siempre conmigo.

¿Recuerdas? Florecillas ignoradas
Buscabas en la hierba
Que, secas hojas hoy, pero sagradas,
Vivo el amor conserva.

Yo te hablaba, ¿quién va a acordarse ahora?
Siempre a ti el alma mía,
Lo mismo a mí la tuya, soñadora,
Su panorama abría.

Serio haciéndose va mi pensamiento,
Pues como tú te fuiste,
Aunque todo está igual, no sé qué siento
Que está todo tan triste.

El mismo cielo azul, la torre oscura
Miro, la fuente misma;
Mas tu ausencia el paisaje desfigura
Empañándome el prisma.

Y a veces me pregunto en el sendero,
O allá, meditabundo:
¿Por qué esta amarga soledad prefiero
A los gozos del mundo?

¿Será que el hombre, digo, desterrado
Lleva un impulso dentro
Que le estimula a repasar lo andado
Y a volver siempre a un centro?

Aspiración a eternidad es este
Poder que nos sujeta;
Preludio santo, inspiración celeste
Que modula el poeta.

II

Mas, ¿qué cosa inmortal ve la mirada?
Sólo parece eterno
Este secreto abismo, o muerte, o nada
Lo llamemos, o infierno;

Este sér que invisible nos devora;
Que universal tributo
Cobra, y la flor respeta o la mejora
Para llevarse el fruto!

A veces me parece la Natura
Tan llena de riquezas,
Con esa rozagante vestidura,
Y con tántas bellezas,

Cual fuente de jardín: artificiales
Fascinan el sentido
Sus cristalinos arcos, siempre iguales,
Con perenne rüido:

Todo es animación; mas si los ojos
A examinarla fueren,
Verán que es vida a fuerza de despojos;
Son mil gotas que mueren!

No bien el sér sus formas consolida,
De sí efímero dueño,
Átale sordo vértigo, y su vida
Se evapora en un sueño.

¡Naufragio universal! Cuando ese abismo
Calo en la mente y sondo,
Vuelvo aterrado; a todo sér lo mismo
Traga, y no tiene fondo.

Corre la humanidad por mil senderos
Al ciego remolino;
Allá mis padres van, mis compañeros;
Yo con ellos camino.

Y tú también: tu juvenil historia
Que de amor se atavía,

Mañana yacerá, deshecha gloria,
Bajo la tumba fría.

Tántos gajes de amor correspondidos,
Y lágrimas preciosas;
Y aquellas esperanzas y gemidos,
Y tántas, tántas cosas,

Serán cenizas. Duéleme su estrago;
Y el deseo que siente
Quien ve a un hijo morir, de ser un mago,
O genio omnipotente,

Por ti lo siento: milagrosas ramas
Quisiera entretejerte
Y oculto a par de la que tánto amas,
Hurtarte allí a la muerte.

«Yo también en Arcadia soy nacido,»
Y puedo con mi lira
Tu nombre revivir a ingrato olvido;
Pero no a ti a la pira.

Podemos eso, eternizar un nombre,
Salvar una mortaja!
No disputamos a la muerte el hombre
Que ella encerró en su caja.

Eternizar un nombre, ¡honor mezquino!
Y dice el mundo luégo
Que el lauro del poeta es dón divino
¡Y su alma sacro fuego!

¡Naufragio universal! También nosotros
Que eterna nombradía
Dispensamos, morimos cual los otros
Cuando nos llega el día.

De la propia existencia a nuestra mente,
¿Qué deja lo pasado?
Recuerdos, un despojo deficiente,
Un busto inanimado.

Vuélve a mirar a tus antiguos días;
¿Qué ves? Allá el abrigo
De tu infancia y sus frescas alegrías;
Tus padres y un amigo,

La escena va ensanchándose adelante:
Campos, ciudades, puertos....
¡Mírate! no te ves muerto viandante
En un mundo de muertos!

III

Con este doloroso sentimiento
Ayer, muriendo el día,
Tornaba a mi mansión: el manso viento
En los sauces gemía.

Y una mística voz a su manera
Habló en secreto a el alma;
Voz que animando la piedad primera,
Me devolvió la calma.

«¿Y te olvidas de mí (la voz decía)

Tú que antes en mi seno
Reclinabas con grata simpatía
Tu semblante sereno?

«El maléfico sér que ves al lado,

Que todo lo devora,
Es la muerte del alma, del pecado
Anciana servidora,

«Y la que desesperas en tu duelo

De hallar, dichosa suerte,
Es la vida beatífica del cielo;
Yo, que vencí a la muerte!

«Envenenóse el hombre de obcecado;

Dios al culpable hijo
Miró piadoso en su infelice estado,
Y, salvaréle, dijo.

«Yo a salvarle bajé; mi amor le llama;

Rebelde, se suicida;
El que a mi voz responde, el que me ama
Vivirá eterna vida.

«Mi amor viene a buscarte; de mis brazos

El orgullo te aleja.
Vuélve a anudar los redentores lazos;
Ama, y recelos déja.»

Pensé en mi infancia en dulce arrobamiento
Y lloré mi extravío;
Y luégo a ti volvió mi pensamiento,
Rogerio, amigo mío.

Mis lágrimas enviarte deseara
Con su muda elocuencia;
Y la no articulada, pero clara
Voz que oí en mi conciencia.

Ya libértarte del naufragio espero,
No en culta poesía,
Mas de mi fe lanzándote el madero:
¡Crée! ¡áma! ¡confía!

Al que a esa tabla náufrago se acoge,
Quien a la muerte dura
Venció en la cruz, acude y le recoge
Con paternal ternura.

Tántos gajes de amor correspondidos
Y lágrimas preciosas,
Y aquellas esperanzas y gemidos,
Y tántas, tántas cosas,

Asócialas con vínculo süave
A más alto destino;
¡Sálvate con tus glorias en la nave
Que a rescatarnos vino!

XVIII

EL ENSUEÑO

Era una noche como todas; nada
Nuevo en el aire había:
En torno platicaban de mi puesto,
Yo sin las voces el rumor sentía.

Y de pronto, los párpados abiertos,
En religiosa calma
Me pareció embeberse mis sentidos
Y en sueño aéreo se arrobó mi alma.

Y a aquella vi por quien el tiempo olvido
Si gozo su presencia,
Y si de verla dejo sólo un día
Siento un abismo entre los dos de ausencia

Reclinada la vi serena y muda
En apacible lecho;
Mas estaba dormida.... ¡Muerta estaba!
El hálito vital faltó en mi pecho.

Inmaculada viéndola y gloriosa,
No me ocupó el espanto,
Mas de infinito amor penas sin nombre,
Y sin ruido en mi faz rodaba el llanto.

«¡Buen Dios! ¡Ella se ausenta! ¡ella enmudece!
Y mi labor querida,
Esa conversación nunca acabada,
Ha quedado por siempre interrumpida!»

Pensé, y luégo la hablé sin voz, cual ella
Sin mirar me veía,
Que en su rostro, los párpados cerrados,
La luz brillaba del eterno día:

«Me ves cual soy, cual fui: ¡todo lo sabes!
Entrego a tu mirada
Con muchas culpas réproba mi vida
Mas de sobra en tu amor purificada.

«Tú, enseñada al perdón desde este mundo,
Esas culpas perdóna,
Y dime si en el cielo que posees
Hay para tanto amor digna corona.»

Yo hablaba así. Después tiempos pasaron
Que, horas en este mundo,
Fueron, medidos en región más alta,
Siglos de amor y de dolor profundo.

Ni sé si de esas horas seculares
Señal quedó en mi frente;
Sé que agoté la fuente de las lágrimas
Y el lauro merecí del penitente.

Vuelto de ahí, cual Lázaro, a la vida
En impensado instante,

Viva hallando a quien muerta vi, la creo
Beatífica visión siempre distante.

«Hablábamos ayer,» decirla quiero,
 Pero callo doliente;
No hay voz que este misterio explique, y gimo,
Partido el corazón, casi demente.



XIX

LAS ALMAS BUENAS

Acá en la tierra hay ángeles del cielo,
Almas llenas de amor y de ternura;
Su misión es sufrir y dar consuelo,
Sentir y consolar toda amargura.

Hallar no pueden el ideal que adoran;
Las virtudes de acá son menos bellas.
Sólo Dios ve lo que en silencio lloran;
Nadie comprende lo que sufren ellas.

Y ellas aceptan su misión cristiana
Al sacrificio voluntario unida:
Hacen el bien sin recompensa humana,
Amena, sin alarde, hacen la vida.

Yo conozco esas almas. ¡Cuál revelan
En cuerpos de mujer diva hermosura!
¡Cómo al doliente corazón consuelan
Su mirada y su voz, todo dulzura!

Su amigo es el Dolor. De él arrulladas,
Su sonrisa se tiñe de tristeza.
¡Quién las pudiera ver transfiguradas
Si tienen, aun así, tanta belleza!

XX

EL LLANTO

Oyó en fin mi plegaria, y mi agonía

Miró piadoso el cielo;

Hé aquí en soñadas lágrimas envía

A mi oprimido corazón consuelo.

No fue un sueño como esos que evaporan

Las auras de la tierra;

Fue de aquellas visiones que enamoran,

En que una dulce realidad se encierra.

Soñé, en sueños velando, que dormía,

Que allí un ángel lloraba,

Y ese llanto en sus párpados lucía.

Y ese llanto mis sienes refrescaba.

Yo esas lágrimas tibias he sentido

Con amoroso encanto

Mi frente humedecer; yo, yo he bebido

Con mis labios sedientos ese llanto!

Y es llanto en que hay verdad, pues ya, despierto,

Mi pena se aminora,

Y lo agradezco cual si fuese cierto,

Al ángel que lloraba aunque no llora.

Ese llanto ha endulzado mi suspiro,
 Mi pensamiento ampara,
 Y en sus misterios arrobado, miro
 Al ángel que lloró cual si llorara.

Como pálida rama que enverdece
 Bañándola el rocío,
 Ese llanto me anima, y reflorece
 Con su lenta humedad el amor mío.

Tal vez contigo me ha enviado el cielo
 ¡Oh fuente bendecida!
 Al dar piadoso a mi dolor consuelo,
 ¡El perdón de las culpas de mi vida!



XXI

LA PAZ

Si sabes perdonar, Cintia adorada,
Y amar sabes, perdón y amor te pido:
De perdón y de amor una mirada
Vuélve sobre mi pecho arrepentido.

Yo nací para amar. Tú mi sustento,
¡Tú mi patria, mi luz, el aire mío!
Sin ti el horror de las tinieblas siento,
Los horrores sin nombre del vacío.

Y como estar contigo y a tu lado
No pude a cada hora, a cada instante,
Muchas veces sentí desesperado
Gemir mi corazón casi expirante.

Ah! la causa no vi de mi dolencia,
De tu afecto dudé y odié la vida;
Falsa, ingrata te dije en mi demencia:
Cruel blasfemia, aunque de amor nacida!

Mas vino un día, y mi dolor fue tanto,
Que como el hijo pródigo, «iré a ella,»
Dije, «y su mano besaré con llanto,
Y regaré con lágrimas su huella.

«Su perdón obtendré, y habrá gran calma!
Ya no veré en mi cielo nube alguna;
Y serán nuestras almas sola un alma,
Y envidiará aún el ángel mi fortuna!»

Héme, pues, junto a ti. Tú que eres buena,
Tú que sabes orar ferviente y pía,
Píde para los dos mansión serena
Cual pensó Pedro en el Tabor un día.

Píde la paz de Dios, Cintia adorada,
Y corón a mi frente arrepentida;
Pídele a Dios que ya no turbe nada
Amor tan grande y calma tan querida.



XXII

INMORTALIDAD

Teme el amor la muerte aborrecida;
Pero no la del cuerpo, fácil muerte,
Perpetua compañera de la vida.

Ella no sólo en polvo nos convierte,
No sólo nos envuelve en noche oscura,
Ni son todos sus golpes de esa suerte.

Callada, sin cavarles sepultura,
Mata al mozo robusto en el anciano
Y en el mozo a la tierna criatura.

Pensando en lo que fui pregunto en vano:
«¿Dónde está aquel garzón tan inocente?
¿Qué se hizo aquel mancebo tan lozano?»

Muertos yacen sin tumba. Solamente
La muerte entre sepulcros nos aterra,
Y lloramos, llamándola inclemente,

Sin recordar a los que en sorda guerra
Cayeron sin despojos, sin rüido,
¡Como mueren los pobres en la tierra!

Muy temprano desnudas nuestro nido,
¡Oh Muerte! ¡oh Muerte! Con tardío duelo
El bien lloramos que por siempre es ido.

No a ti teme el Amor, hijo del cielo,
Compañero inmortal de los querubes,
Celeste huésped en corpóreo velo.

Tú, monstruo vil, a su dosel no subes:
Fuego etéreo es su sér: nació en regiones
Más altas que los montes y las nubes.

Fundó Amor para el alma sus mansiones,
Y aunque en torno ruínas aglomeres,
No podrás derribar sus torreones.

A la Belleza y Juventud las hieres
Con mudas flechas; mas de Amor divino
Profanar el sagrario nunca esperes.

Abre Amor un oasis peregrino,
Donde paran su curso arrebatado
Los años, que te sirven, y el Destino.

En medio de los tiempos su reinado
Principia, y es eterno; ni mundanas
Miserias turban su dichoso estado.

En balde esparcirás precoces canas,
Y aun túmulo alzarás a los amantes;
Siempre serán tus asechanzas vanas.

En pobreza y vejez perseverantes
Ellos aman: muriendo acá en el suelo,
Tórnanse allá donde se amaron antes.

No entibiarás su fuego con tu hielo,
No turbarás con tu inquietud su calma;
Tú eres, Muerte, del mundo; Amor, del cielo.

Mas ay! deslustra del amor la palma
Que a la muerte del cuerpo ajena crece,
El pecado cruél que mata el alma.

Si la Fe no le alumbra, se oscurece;
Cae, si la Esperanza no le alienta;
Si Caridad le falta, Amor fallece.

Muere aquel a quien aire no sustenta,
Y Amor, vida del alma y su alegría,
No de aire, de virtudes se alimenta.

Contéplalo, y no temas, Cintia mía,
Los males de fortuna o breve ausencia;
Téme frivolidad y alevosía.

Son amargos celos la dolencia
Unica del Amor; su muerte, olvido;
Veniales culpas minan su existencia.

Le restaura el perdón apetecido:
Recuerdos bellos de inocente historia
Endulzan, y esperanzas, su gemido.

Nubes disípa, Cintia, en mi memoria;
Oirás entonces resonar mis cantos,
¡Verás entonces renacer mi gloria!

¡Quién pudiera ser santo cual los santos!
¡Quién pudiera del mundo en los senderos,
En medio de aflicciones y de llantos,

Sin temblar de la muerte golpes fieros,
Vivir cual los vivientes inmortales,
Amar cual los amantes verdaderos!

¡Oh Cintia! ángel de paz, que los umbrales
Franqueas de otro mundo con tu lloro,
¡No desprecies de amor promesas tales!

Alza en tus alas el común tesoro,
Tú que sabes orar, tú que eres buena;
¡Alzale al cielo, y con anillo de oro
Fija en la eternidad nuestra cadena!



XXIII

A MI MUJER

Hoy es el dichoso día
En que tu suerte a mi suerte
Uniste amorosa y pía.
Por imperios no daría
La gloria de poseerte.

Creí la medida llena
De mi amor, y aún toma creces.
Siempre más dulce me suena
Tu voz; cada vez más buena,
Más amable me pareces.

¡Oh, cuál me hiciste opulento
Con las prendas de tu amor,
Que es de mi vida alimento!
Tú eres mi gloria mayor
Y eres también mi tormento.

Si tesoros recibí,
Pobreza en cambio te doy
Y dolores ¡ay de mí!
Contigo cuán rico soy,
Y cuán pobre para ti!

Amas tú la poesía,
Tienes el culto del arte;
Mas la pobre Musa mía
De abrojos no ha de librarte
Cuando sus flores te envía.

Hoy el placer que me embriaga
No enturbie amarga tristeza.
Tú cual prodigiosa maga,
Quita esta sombra que vaga
En torno de mi cabeza.

Con nuestros tiernos pedazos
Vén, pues, oh dulce mitad
Del alma, dáme tus brazos;
Sienta yo, al cerrar sus lazos,
Toda mi felicidad!

1879



ELEGIAS Y POESIAS VARIAS



I

PRELUDIO

Cuando el sol en Occidente
La ya desceñida frente
Reclina entre nubes rojas,
Y el viento zumba en las hojas
Con monótono rumor,

Cuando es más dulce y sentido
De las ondas el gemido;
Cuando la esquila retiñe,
Y el horizonte se tiñe
De suavísimo color,

Ay! en aquellos momentos
Mil hermosos pensamientos
Elévanse en nuestra mente
Impregnados juntamente
De tristeza y de placer.

Y entonces delante pasa
El recuerdo de la casa

De nuestra infancia querida,
La vislumbre de otra vida,
La imagen de una mujer.

Y yo en silencio he pedido
A la fuente y su ruido,
A las flores y a las aves,
Y a las ráfagas suäves,
Prendas de su inspiración.

Y la condolida fuente,
La flor, la brisa doliente,
La avecilla fatigada,
Van su limosna sagrada
Dejando en mi corazón.

Todo en el mundo reviste
Formas variadas: ya triste,
Ya furioso el viento suena;
La luz, o ardiente o serena,
Diversos reflejos da:

Lo mismo la poesía:
Ora explosión de alegría,
Ora se convierte en llanto.
El día muere y mi canto
Sólo lágrimas será.

II

ELLAS

¡Oh las que habéis pasado
Solas y pensativas por el mundo,
Algo no conocido
Buscando siempre con amor profundo,
Nunca de igual amor correspondido!

¿Fuisteis, almas sensibles,
Conducidas del ángel del consuelo
A mejores moradas,
O a otra mansión cual ésta, en vuestro vuelo,
Por la amiga desgracia desviadas?

Doquier viváis ahora,
Cualquier que fuese vuestro nombre un día,
Vuestra existencia siento;
Llevado de secreta simpatía
Hacia vosotras va mi pensamiento.

Huéspedes en el mundo,
¿No pensabais en época distante?
A un hermano ignorado
Tal vez buscasteis con anhelo amante;
Sin saberlo tal vez me habéis amado.

Y hoy de mundos remotos,
¿No acá volvéis, espíritus viajeros?
Cuando oigo los suspiros
De la brisa en los árboles, a veros
Torno tal vez, y me parece oiros.

Acaso para hablarme
Vago són suscitáis, o luz, o aroma;
Animado sintiendo
Un pensamiento en no estudiado idioma,
Sé que es palabra vuestra, y no la entiendo.

El aura sollozante
Que en el valle circula prisionera,
Si salida lograra,
El nítido palacio de la esfera
Y el cristalino golfo visitara.

Tal, pensando en vosotras,
Almas sensibles, en recinto estrecho,
Siéntese el alma mía;
Si la pared rompiese de mi pecho
A vuestro mundo aéreo volaría.



III

EL PIANO

Hubo ya un tiempo en que la Musa mía
La poética frase
Fácilmente encontraba que expresase
La tristeza del alma o su alegría.
Ese felice día
Se hundió en la eternidad. Mi alma cansada,
Con tono dulce y grave,
En voz no articulada,
Quisiera hacer sentir a los oídos
Lo que ella muda sufre y sola sabe.
Tú me das esa voz, mi alma interpretas
Cuando la diva inspiración tu mano
Guía sobre las teclas del piano:
Voz no aguda o cruel como el gemido,
Ni artificiosa como acento humano.
Tú mis penas expresas
En deliciosas notas de armonía
Que halagan los sentidos
Y aduermen la doliente fantasía.
En la mente sembrada de recuerdos
Flor de esperanza nace;
El alma vagos horizontes mira
Y en su misma tristeza se complace.

IV

SICUT PASSER

¡Quién pudiera volar, y a su albedrío
Visitar la caverna, el soto, el río,
Y aspirar de las selvas el aroma!
¡Quién pudiera volar, cual la paloma
Que abre sus alas y huye al bosque umbrío!

Yo nací en la ciudad, y há tiempo largo
Vivo en ella en tormento o en letargo;
Ora me siento como en un encierro,
Ora pienso que gimo en el destierro
Y que comiendo voy su pan amargo.

Oigo que de amor patrio se gloria
La humana vanidad. Saber querría
Si es la patria este mísero recinto
Do nacimos acaso. Hay un instinto
Que de otra patria le habla al alma mía.

Y esa patria es país no circunscrito
A linde injusto, a humano circüito;
Es aéreo país, región serena
Cuyo ambiente el contagio no envenena;
Gózase en un rincón, y es infinito.

Esta patria, empezando en lo pasado,
Se extiende al porvenir; país sagrado
Que adornan bosque ameno y mustia ruina;
Es la patria de una alma peregrina
¡Sueño de oro que tanto yo he soñado!

¡La soledad, que puerto da en su casa
A náufraga familia, a tribu escasa!
La soledad, que hablar nos deja a solas
Con Dios, como del mar hablan las olas,
Y en libros ver lo que en el mundo pasa.

¡Subir al monte, pasear el llano!
¡Ir a sentarse bajo el roble anciano
Cuyo adusto follaje humilla el aura!
¡Mirar el horizonte, que restaura
Siempre con nuevo encanto al pecho humano!

Pensar que al alma allí prisión no estrecha;
Ni hostiga el artificio; ni su flecha
Aguza la calumnia; ni levanta
La injusticia su trono, ni la planta
Envidia ponzoñosa nos acecha!

¡Merecer del amor la dulce paga!
Fijar del niño la memoria vaga
Y del viejo indagar la varia historia!
Reírnos del placer, del cetro y gloria
Que ofrece al hombre una engañosa maga!

¡Meditar en lo excelso, en lo distante!
Ver a Dios en el astro rutilante
Y en el insecto que en la noche brilla!
¡Explorar tanta y tanta maravilla
Que Natura en su seno abraza amante!

Bajo un cielo, do ríe la bonanza,
Y entre ramas que ofrecen confianza
Mullir un fácil, no envidiado nido!
Purificar el alma en el olvido,
Hacerla renacer por la esperanza!

Renovar del Edén el sentimiento
Al rumor matizado de lamento
De Natura, que el eco a oleadas trae!
¡Gustar la inspiración que tenue cae
A refrescar un corazón sediento!

Y como augusto rey su vasto imperio,
Contemplar el humilde cementerio
Con tristeza apacible y soñadora!
Y merced de la fe que nos cerciora,
Amar de los sepulcros el misterio!

¡Vivir, morir en paz!.... ¡Oh verde rama!
Pajizo techo, el corazón os ama
¡Y en sueños aduláis la mente inquieta!....
¡Aves, dad vuestras alas al poeta!
¡La soledad, la soledad me llama!

V

LO QUE PIDE EL POETA

De la felicidad perdí el camino
Dice el vate infeliz; perdí la vía
¡Oh mudable destino!
Que en mi niñez corría;
Huyeron la inocencia y la alegría.

¡Ya es inútil buscar tus dulces dones,
Felicidad, a quien miré lejana!
Muertas las ambiciones
Y la esperanza humana,
Hoy igualo el ayer con el mañana.

¿Y no es esta la senda? Juguetean
Aquí los niños con candor divino,
Y las aves gorjean
En el árbol vecino,
Y són las fuentes dan sordo y continuo.

Y en estas arboledas hay frescura
Y rueda el aura con rumor incierto;
Y en éste, de Natura
Universal concierto,
Rien hasta los ecos del desierto.

Pero no hablan conmigo.... ¡Yo extranjero
En medio soy de su inocente gloria,
Y ese triscar ligero
Revive en mi memoria
Los bellos días de mi varia historia!

¿A qué llaman desgracia? A muchos miro
Gozar del mundo en infelice esfera,
Y de envidia suspiro;
¡Oh dichoso el que espera!
Si fuese dicha amar, feliz yo fuera.

La desgracia es morir a la esperanza,
Y huír del corazón y de la frente
La alegre confianza,
Y con labio riente
Devorar el dolor que el alma siente.

Sólo contigo mi aflicción no celo,
Musa benigna, a quien llamé mil veces;
Siempre con fácil vuelo
Acudiste a mis preces;
No lloré en soledad tus esquiveces.

A otra región mi espíritu levanta
Tu voz, o tierna mis sentidos liga;
Tu sombra sacrosanta
Mi pensamiento abriga;
Hija del cielo, de mi infancia amiga,

Tú, sola tú suavizas mis dolores;
Que la música misma y su dulzura,
 Las inocentes flores
 Y su fragancia pura,
Recuerdos dan mezclados de amargura.

¿Es lícito pensarlo? Tú al precito
Visitas como a mí, y él en su duelo
 Y en su afán infinito
 Tendrá breve consuelo
Recordando a tu voz glorias del cielo.

Mas ¡ay! no mata tu armoniosa letra,
Ni acá ni allá, la sierpe que devora;
 Tú la aduermes; penetra
 Una gota traidora
El vaso que tu néctar atesora.

No a ti el verde laurel, no el cetro de oro,
Ni goces, ni saber, ni honor te pido:
 Concéde lo que imploro
 Con ardiente gemido:
¡Oh! dáme la esperanza o el olvido!



VI

LA NOCHE

Calló la voz de los hombres,
Cesó el bullicio: ya sola
Percibo de la Natura
La voz solemne y recóndita;

Voz que en secreto nos habla,
O que se aleja y solloza
En la fuente fugitiva,
En el aura vagarosa.

Inclínome a la ventana
De mi estancia, que corona
Alto edificio y domina
La campaña más remota.

Me inclino y en un momento
De inspiración, se me antoja
Que el alma a ver los espacios
De la eternidad, se asoma.

Que en la cárcel do la tiene
Dios aprisionada, logra
Un portillo abrir; le mira,
Y mirándole se asombra;

O pienso que peregrino
De otros tiempos vengo y otras
Regiones, a ver rüinas
Que alumbra pálida antorcha.

O al silencio me figuro
Que muestra, el dedo en la boca,
Lleno de estrellas el cielo,
Llena la tierra de sombras.

¡Ved! algo amaga en los aires,
Algo se oculta en las hojas;
Muda escena en que parece
Van a salir las personas.

¡Oh soledad! ¡Oh misterio!
El hombre el mundo abandona
A espíritus ignorados
Y en su corazón se aloja.

Ahora la inocencia duerme,
Sueña la ilusión ahora;
Acá el amor toma puerto,
Allá la esperanza boga.

Y nadie piensa en extraños,
Cada cual viaja a solas;
Sólo la oración se acuerda
Del que sufre y del que goza.

De mi alma en tanto en el fondo
Presentimientos, memorias
Se elevan, que de tu seno,
¡Noche! los matices copian.

Antes yo te desdeñaba,
Mas hoy mi corazón llora,
Y tu silencio comprende
Y en tu soledad se goza.



VII

LA MELODIA

Cuando tu inocente mano
Como domando serpientes,
Con dolores que no sientes
Juega en las teclas del piano,

Me admira ver confundidos,
Mientras ella fácil toca,
Las sonrisas de tu boca
Y de tu alma los gemidos;

Y ver cuál gira, me asombra,
Sin azorar tu alba frente,
Sobre tu sien esplendente
Una fugitiva sombra.

¿Porqué, dime, si en la vida
Culpa y tedio aún no conoces,
Entre musicales voces
Esta eliges dolorida?

¿Porqué con tal sentimiento,
Con tan misterioso encanto,
Nos das en música el llanto
Y en melodía el lamento?

Tiene el Dolor, como Amor,
Una palabra no más:
Tú ahí repitiendo estás
La palabra del Dolor.

Lo sentimos por ventura
Tú y yo de diverso modo:
Para ti ternura es todo,
Para mí, todo amargura.

¿O tal vez por simpatía,
Privilegio de almas buenas,
Sientes tristezas ajenas,
Sin comprenderlas, María?

También así su oración
La Inocencia eleva al cielo
Por todo mal, todo duelo,
Con inmensa compasión.

Y mientras la melodía
Bajo tu mano resuena,
Ya con placer, ya con pena,
Te contempla el alma mía.

Con placer, ángel de paz,
Acá en mi noche profunda
Miro la luz que circunda
Y diviniza tu faz;

Y con dolor juntamente,
Pues, ¡impotente de mí!
Pasar quisiera ante ti
De los años la corriente.

Detén ahí las pisadas,
Te dice un alma que sueña:
Tú, la de boca risueña,
La de plácidas miradas!

¡Quédate ahí, que el camino
Florido, es áspero luégo:
En sangre y sudor lo riego
Yo con otros peregrino!

¡Loca esperanza! Los años
Nada acatan, ni oyen ruegos:
Ellos nos arrastran ciegos;
Nos aguardan desengaños....



VIII

UNA IDEA

En este sitio un día
Sin amargura, triste,
Tus penas me dijiste
Y mi amistad te oía.

Y de pronto inspirado,
A tu pecho doliente
Yo revelé elocuente
Un porvenir dorado;

Dorado, como el bello
Celaje de esa tarde!
Hacia el sol alarde
De su mejor destello.

Todo en torno reposa,
Ni cambio alguno miro;
Vago exhala un suspiro
Naturaleza hermosa.

Gime la árida rama
Que oprime el aura leda,
Y allá la fuente rueda
Humilde entre la grama.

Y en la vecina villa
La cúpula contemplo
De algún adusto templo
Que al sol de ocaso brilla.

Tú a estos mismos lugares
Me has traído ¡oh memorias!
À contarme hoy tus glorias
Cual antes tus pesares.

Mas yo.... yo soy la sombra
De ese que viste un día:
Mi alma huélla sombría
Esta florida alfombra.

Que se cumplen me dices
Mis presagios risueños;
Trocarse ves tus sueños
Realidades felices.

Bien mi amistad suspira
Por celebrar presente
El porvenir riente
Que adivinó mi lira;

Bien mi amistad desea
Felicitarte.... y gime;
Mi pecho labra, oprime
Una cruel idea.

¡Perdón si es en tu oído
Mi voz un desengaño

Tú instantes en un año,
Yo siglos he vivido.

Como la amante esquiva
Que al doncel porfiado
El pecho abrió llagado
Que su esquivez motiva,

Yo así, a tu vista alzando
De mi alma herida el velo,
Justifico mi duelo
Y aun compasión demando.

¡Ah! el tiempo en mí eslabona
Dos seres: hoy me veo
Enmordazado reo
Do ayer ceñí corona.

Si balbuce mi labio,
Si mi lengua se anuda,
Si está mi lira muda,
No lo tomes a agravio;

Que esa cruel idea
Mi pecho oprime, labra,
Y hiela la palabra
Que la amistad emplea.

IX

SOBRE LA ARENA

Para ti, para mí los bellos días
Pasaron ya de la niñez risueña
Que vive de inocentes alegrías
Y los de aquella edad en que se sueña
Con locas fantasías.

Danzas festivas y soñadas glorias,
Y todas nuestras dichas, nuestras galas,
Sólo han dejado al corazón memorias,
Y por el aire con fugaces alas
Se alejan ilusorias.

¡Hoy cuánto mal amaga conjurado!
Busquemos soledad, silencio, olvido,
Y yazga el corazón casi enterrado
Como en la arena el árabe tendido,
Mientras pasa el nublado.

X

EL NAUFRAGO

No es el golpe más duro de la enemiga suerte
Aquel que de las prendas más caras nos privó;
¡No es aquello suprema desolación! La muerte
Nos roba lo que amamos, pero el afecto, nó.

Deja el recuerdo vivo de aquel afecto santo,
Déjanos la esperanza de eterno más allá:
Nos queda el culto puro, nos queda el dulce llanto
Y la oración ferviente que alada al cielo va.

Cuando nos cerca y hiere punzante el egoísmo,
Cuando el que más amábamos falso y traidor nos fue,
Sí que va el alma entonces, sobre el oscuro abismo,
Sola, perdido todo, pues que perdió la fe!

¡Cómo se vuelve entonces el corazón avaro!
Si negra noche borra la senda de salud,
Si horror todo es en torno, de amigo inmóvil faro
¡Cómo es grata a los ojos la solitaria luz!

¡Cuánto en este naufragio no vale un bien postrero,
Reliquia incorruptible de cuanto hundirse vi!
A tu amistad constante cual náufrago me adhiero:
Tú nunca me abandones; ¿Yo a dónde iré sin ti?....

XI

LA ORACION

En horas de pesar, de horror, de duelo,
En que perdido el pensamiento humano
Se arrastra en soledad lejos del cielo
Como el arcángel réprobo que en vano
Tiende lejos de Dios su eterno vuelo;

En esas horas de dolor profundo
He escuchado una voz que me convida
Reanimando mi pecho moribundo,
Y he gustado esperanzas de otra vida,
Y he sentido consuelos de otro mundo.

Y volviendo del éxtasis, de hinojos
Caído en el terráqueo pavimento,
He elevado con lágrimas los ojos
Por ver en el azul del firmamento
El ángel que aliviaba mis enojos.

¡Qué engaño! El ángel que en los cielos mora
Al mustio pecador se muestra esquivo;
Es humana esa voz consoladora;
Es algún corazón que compasivo,
Lejos de mí, de mí se acuerda, y ora.

¿Quién es? De no saberlo me contristo,
Y como el pobre que agradece y llora
La limosna al sentir de a quien no ha visto,
Beso a ciegas la mano bienhechora
Y digo: «¡Tu bondad corone Cristo!»



XII

AGITACION

Nuestras vidas son los ríos
Que van a dar en la mar
Que es el morir.

Jorge Manrique.

Del raudo huracán el brío,
El ímpetu con que el río
Corre en su ciego desvío
Siempre avanzando hacia el mar,

Imagen son del anhelo
Del alma, que esfuerza el vuelo
Buscando a tientas el cielo,
Ansiosa de descansar.

Y si en la mundana fiesta
Al són de armoniosa orquesta,
En danza animada y presta
Nos movemos sin cesar,

Este mismo ardor intenso
Es solamente, yo pienso,
Instinto extraviado, inmenso
Anhelo de despertar.

XIII

LA VUELTA A LA PATRIA

¡Mirad al peregrino
Cuán doliente y trocado!
Apoyándose lento en su cayado
¡Qué solitario va por su camino!

En su primer mañana,
Alma alegre y cantora
Abandonó el hogar, como a la aurora
Deja su nido la avecilla ufana.

Aire y luz, vida y flores,
Buscó en la vasta y fría
Región que la inocente fantasía
Adornaba con mágicos fulgores.

Ve el mundo, oye el rüido
De las grandes ciudades,
Y sólo vanidad de vanidades
Halla doquier su espíritu afligido.

Materia da a su llanto
Cuanto el hombre le ofrece;
Ya la risa en sus labios no florece,
Y olvidó la nativa voz del canto.

Hízose pensativo;
Las nubes y las olas
Sus confidentes son, y trata a solas
El sitio más repuesto y más esquivo.

A su penar responde
En la noche callada,
La estrella que declina fatigada
Y en el materno piélago se esconde.

¡Vuélve, vuélve a tu centro!
Natura al infelice
Clama; *¡vuélve!* una voz también le dice
Que habla siempre con él, amiga, adentro.

¡Ay triste! En lontananza
Ve los pasados días
Y en gozar otra vez sus alegrías
Concentra reanimado la esperanza.

¡Imposible! ¡Locura!....
¿Cuándo pudo a su fuente
Retroceder el mísero torrente
Que probó de los mares la amargura?

Ya sube la colina
Con mal seguro paso;
Del sol poniente al resplandor escaso
El valle de la infancia se domina.

¡Ay! Ese valle umbrio
Que la paterna casa

Guarece; ese rumor con que acompasa
Sus blandos tumbos el sagrado río,

Esa aura embalsamada
Que sus sienas orea,
¿A un corazón enfermo que desea
Su antigua soledad, no dicen nada?

El pobre peregrino
Ni oye, ni ve, ni siente;
De la Patria la imagen en su mente
No existe ya, sino ideal divino.

Invisible le toca
Y sus párpados cierra
Angel piadoso, y la ilusión destierra,
Y el dulce sonreír vuelve a su boca.

¡Qué muda despedida!
¿Quién muerto le creyera?
¡Mirando está la Patria verdadera!
¡Está durmiendo el sueño de la vida!



XIV

EL HOMBRE Y LA NATURALEZA

El sol declina a Occidente,
Vientos circulan pausados,
Y llanuras y collados
Placer respiran y paz,

Con vuelo incierto, indolente,
Aguilas lejos vaguean,
Frescos arroyos serpean,
El eco alienta fugaz.

Huésped aquí, busco asilo
En la solitaria gruta
Que de la sombra disfruta
De ramaje protector.

Yazgo, y contemplo tranquilo
Mantos de luz y verdura,
Y percibo de Natura
El recóndito rumor.

El aura que anuncia amores
Volando esencias destila,
Toca a mi puerta, y vacila
Con vaga solicitud.

Besa asustada las flores,
Siénteme escondido espía,
Y huye, y al bosque confía
Su temor y su inquietud.

Y su virginal suspiro
En mí despierta la idea
Que ella en sus huertos pasea,
Que en reino ajeno estoy yo.

De tanto sér como miro
¿Sé yo el verdadero nombre?
Ella lo dice. ¿Qué hombre
Su lenguaje comprendió?

A un tiempo hacia allá se inclinan
Los sauces con sordo ruido;
Me figuro que al oído
Algo diciéndose van.

Concordes las aves trinan,
Las avecillas se juntan;
¿Qué secretos se preguntan?
¿Qué aéreas nuevas se dan?

En torno infinitos seres
Giran y hablan de concierto;
Hasta el rumor del Desierto
Llega, y tiene voz aquí.

Ni sé, aunque suena a placeres,
Lo que éste o el otro dijo:

Yo a todos la voz dirijo,
Nadie la dirige a mí.

Hombre que sigue las huellas
De Naturaleza, toma
Escrito un libro en idioma
Que no ha aprendido a leer.

Hojea páginas bellas,
Todas ¡ay! páginas mudas,
Que avivando extrañas dudas
Dan monótono placer.

¿Cómo, en qué tiempo a la tierra
Vinieron nuestros mayores?
¿Proscritos? ¿Conquistadores?
¿Cuál es el patrio confín?

Con Naturaleza guerra
Sostenemos ciega y muda,
Sin que un intérprete acuda
A conciliarnos por fin.

La nave que a ellos los trajo
¿Do está? ¿Se hundió en onda fiera?
¿O la abrasó en la ribera
Envidia o temeridad?

Tú das consuelo acá abajo,
Tú sola, Esperanza bella,
Mostrándonos una estrella
Que alumbra en la eternidad!

XV

EL GUSANO REY

Cuando pienso en los millones
De seres que el mar encierra,
Y en tantas generaciones —
Hoy de olvido en las regiones —
Como han poblado la tierra;

Y medito que en su vuelo
Ya pasaron todas ellas
Apenas dejando huellas;
Cuando de noche en el cielo
Miro innúmeras estrellas,

Y me abrumba la verdad
De que esos enormes mundos
Por toda una eternidad
Ruedan de la inmensidad
En los ámbitos profundos,

Siéntome átomo ignorado,
A universal movimiento
Fatalmente arrebatado:
¡Oh, cómo en ese momento,
Pobre reptil, me anonado!

Pero recóbrome al ver,
Contemplando en derredor,
Que no ha podido algún sér
Ni el gran misterio entrever,
Ni sospechar mi estupor;

Que la creación muda está,
Que es ciego todo viviente,
Excepto la humana mente
Que complementando va
La obra del Omnipotente.

Y viendo que de este modo
El humano pensamiento
Irguese y lo abarca todo,
Aunque confinado al lodo,
Rey de la creación me siento.

1868.



XVI

LOS MANES DE CALDERON

I

A las islas fortunadas
Donde no en mudas efigies,
Mas con alma y sentimiento
Muertos ingenios reviven;

Donde cada cual la palma
Que ha merecido recibe,
Sin que la envidia la ultraje,
Sin que el tiempo la marchite;

Al suelo que en patrimonio
Se dio para que le habiten,
A videntes y a poetas,
Mundo nuevo, tierra virgen;

Allí, solazarme ansiando
Con glorias que me deslignen
De las edades presentes,
En brazos del sueño vine.

Tendí los inciertos pasos
Por los campos apacibles,

Tapizados de verdura,
Que jamás tuvieron lindes.

Vi troncos hospedadores
Y florecidos pensiles;
Vi bullidores cristales
Bajo toldos de jazmines.

En revueltos laberintos
Tejidos de hojas y mimbres,
Silbos esparciendo y quejas
Ruedan céfiros sutiles.

De álamos, que nunca al hacha
Abatieron las cervices,
Suspensas, arpas eolias
En blando conciento gimen.

Y más allá, como almenas
De amos feudales, se engríen
Miradores que dibujan
En limpio azul sus perfiles.

Y así, el que a su arbitrio vaga,
Halla grutas que le abriguen,
Y cumbres halla que al éter
Luminoso le avecinen.

Jamás las nubes que viajan
Por esos cielos turquíes,
Del ennegrecido seno
Rayo vengador despiden.

Reina eternal primavera
En tan remotos países,
Donde sangrientas pisadas
No estamparon los Caínes.

Con huéspedes bienhadados
Aquí los dioses dividen
El maravilloso néctar
Que de morir los exime.

Y ya de íntimos coloquios,
Ya de místicos festines,
Ya de éxtasis inefables
Gozan, y el tiempo no miden.

II

¡Qué digo! Aun aquí el recuerdo
De la injusticia que oprime,
De la desdicha que agobia,
Doloroso me persigue.

Aun el retorcido lauro
Que nobles sienes impide,
Espinas guarda, que a vueltas
Del fresco verdor lastimen.

Homero, rey de poetas,
Que hace, a su voz, que palpite
La tierra, y a las edades
Cual oráculo preside,

No a eterna noche los ojos
Cierra ya; mas lleva el triste
Símbolo del infortunio
En el báculo que aun rige,

Como en memoria de tiempos
En que los patrios confines
Dejando, cantó errabundo
La varia historia de Ulises.

¡Cuán callado el que adoraba
Los encantos infantiles
De alada hermosura, gloria
De los muros florentines!

¡Qué torvamente sombrío!
¡Qué fúnebre toca ciñe!
¡Qué temerosos agüeros
Sobre su cabeza asisten!

Y aunque sotos le rodean
Donde todo canta y ríe,
Aun no desarruga el ceño
Que enojo y dolor imprimen,

Cual si mirando estuviese
La infausta puerta de Dite,
Con letras que a la esperanza
Negras el paso prohiben,

O en entrañas palpitantes
De réprobos y malsines

Cebarse el hierro, la llama,
O pico y garras de buitre.

Siguiendo vi una escondida
Senda, al trovador insigne
Que amores cantó y proezas
De cruzados paladines.

«¡Vate ilustre de Ferrara!
¡Galán de Eleonor!» le dije:
« Afable de un peregrino
Los homenajes admite.»

Y, tardo el pie, indiferente,
Internóse, sin oírme,
Por vergeles, que en lo amenos,
Con los que él fingió compiten.

Así desdeña el oscuro
Zumbar de insectillo humilde
La alondra, si a las estrellas
Esquiva el rumbo dirige.

*¡Leonor! ¡Ferrara!.... ¿Y no entiende
Mi voz?.... ¡Para ser felices
Forzoso fue a muchas almas
Que amados nombres olviden!*

La onda del Lete han bebido!
Mas ¡ay indigno desquite!
Resucitaron gloriosas,
¡Y quedaron insensibles!

¡Olvido.... sorda demencia!
Que dón te nombren ¿qué sirve?
¡Olvido.... póstumo triunfo!
Que la desgracia consigue!

¡Qué! ¿En los hijos de los hombres
Ni muerte ni gloria extinguen
Las reliquias heredadas
Del originario crimen?

¿Qué vale que auras tan puras
Ansioso el pecho respire,
Si pensamientos sañudos
Mudamente le comprimen?

¿Qué importa que sus tesoros
Naturaleza prodigue,
Y arrebolada se ostente
Con vivísimos matices,

Si otra más grande, más honda
Naturaleza, invisible,
En los semblantes se anuncia
Con melancólicos tintes?

Con recuerdos y olvidanzas
Solazarme en vano quise:
¡Mucho sufre quien recuerde!
¡Pierde mucho quien olvide!

III

Y con lágrimas los ojos
Tornando, vi entre jardines,
De severa arquitectura
Granítica mole erguirse.

Entro.... ¡Qué regias moradas!
Doquier la vista se fije,
Todo sencillez grandiosa,
Todo es majestad sublime.

Circúndanme obras egregias
De pinceles y buriles,
Que generosos restauran
El siglo de los Felipes.

Castellanos caballeros
Interrogados me dicen:
«En este edificio augusto
El gran CALDERÓN reside:

«En relieves y colores
Patrias historias repite;
Que acordarse de su España
Es el galardón que él pide;

«Y desde excelsos balcones
Tiende la mirada, y finge
Continents y oceanos
Que a España tributos rinden.»

Con príncipes de la escena
En grupo radiante vile:
Muchos ¡ay! con amargura;
No así CALDERÓN, sonríe;

Que no ha permitido el cielo
A ponzoñosos reptiles,
Ni que a su ventura asechen,
Ni que en su conciencia aniden.

¡Patria! en el hijo a quien sangre
Y espíritu al par transmites,
¡Cuán bien sus propios recuerdos
Con tus recuerdos coinciden!

Cultivándolos gozoso,
Fiel a su nombre y su origen,
Nada en ellos se entremezcla
Que su seno martirice;

Nada que altere la grave
Placidez que le distingue,
Y en ser cual fue, y siempre el mismo.
Su felicidad consiste.

¡Siempre español! No hay distancias
Que esa fibra debiliten,
Ni eco patrio, a que en perenne
Correspondencia, no vibre.

Los cabellos plateados,
Mansa la mirada y firme,

La cruz de Santiago al pecho,
¿Qué ojos habrá que él no hechice?

¿Qué espíritu, a quien su frente
Pensadora no domine,
Sol que ha velado su fuego
Porque sin cegar le miren?

¡Le vi! De entonces su imagen
Grabada en mi mente vive,
Y en mis soledades vierte
La serena luz del iris.

IV

¡CALDERÓN! A otro en buen hora
Aun más que a mí, regocijen
Las fábulas deleitables
Que tu Musa forja a miles,

Cual los prestigios aéreos
Con que los espacios hinche
El mágico prodigioso
Que encantada vara esgrime.

En el corvo coliseo
Al espectador fascinen,
Brotos de tu fantasía,
Ninfas ora, y ora esfinges;

Y de hermosuras veladas,
Y de amadores que riñen,

Su atención suspensa lleven
Los marañados ardidés;

O embebecido contemple
El griego dorado esquite,
Que rompe montes de espuma
Convoyado por delfines;

Y no lejos nemorosas
Playas, que defiende Circe
Con aligeros dragones
Y erizados jabalies.

Quién al ritmo de tu canto
Süave oídos incline:
De ardiente pasión el tono,
De amable inocencia el timbre,

En tu musical lenguaje
Hermanados le cautiven,
Y con armoniosos tumbos
Tu vena abundante y libre,

Ya cual hirviente cascada
Descienda, o ya se deslice
Cadenciosa entre las flores
Que vierten mayos y abrilés.

Quién en tu libro misterios
Recónditos escudriñe,
Y altas enseñanzas glose
Que de amenidad revistes,

O sea que las terrenas
Dichas y ambiciones pintes
Como ensueños voladores,
Como delirios febriles;

O que del santo madero
A la sombra nos convides,
El de los tendidos brazos,
El de las hondas raíces;

O que de esferas que sola
Tu imaginación concibe,
Alegorizando evoques
Demonios y serafines.

Por tus creaciones hermosas
Más que por heroicas lides,
Cultas naciones a España
O reverencien o envidien;

Y del reguero de lumbre
Que de camino esparciste,
Vates mendigos recojan
Joyas que cual soles brillen!

Todos tu ingenio proclamen....
Mas yo, CALDERÓN, permite
Que de tu vida y tu muerte
Los esplendores admire;

Que a tu excelsitud me acoja,
Que a tu majestad me arrime;

Que por ti me enorgullezca
De mi sangre y de mi estirpe:

Y cuando el mérito falso
Con pompa audaz me contriste,
Tu pura y cándida gloria
Me conforte y me reanime.

¿Quién cual tú, que así enlazadas
Virtud y ventura cifre?
¿Quién que así, con Dios y el mundo,
Como tú, nos reconcilie?

Tú enseñas, callando entorno
Emulaciones rüines,
Que la justicia del cielo
Tal vez en la tierra existe.

Fue tu vivir luengo sulco
Que astro lumbroso describe,
Y tu morir presagiaste
Con dulce voz como el cisne;

Y es tu memoria luz bella,
Que cuando el ánimo afligen
En el piélago del mundo
Vientos, tinieblas y sirtes,

A esperanzas zozobrantes
De mísero fin redime,
Trocando en islas frondosas
Los agudos arrecifes.

V

¡Bien hayan el padre Tajo,
Tormes, Dauros y Geniles,
Que hoy del regio Manzanares
Cantan, por tuyos los timbres;

No sin que apartados ríos,
Desde el Támesis y el Tibre
Hasta el inglorioso Funza,
Ecos de alabanza envíen!

¡Bien haya patria que en vida
Te honró, y honrándote sigue,
E himno secular entona
Que tu culto solemnice!

No fue España ingrata madre:
Suyas tus glorias, impiden
Que acusadores villanos
Su faz venerable tiznen.

Ella tu numen adora,
Y aras y templos te erige:
Tú con amor la recuerdas;
Tú, desde allá, la bendices.



XVII

A LA AMISTAD

Tú el sudor afanado,
Santa Amistad, al hombre peregrino
Enjugas; y aliviado
Por tu influjo divino,
Las miserias olvida del camino.

Quien tu favor recibe,
En otro y otro corazón se abriga,
Multiplicado vive,
Y la suerte enemiga
Burla o arrostra en poderosa liga.

Huelgan de adivinarse
Los que enriqueces con tus altos dones:
Cual brasas al juntarse,
Con mutuas relaciones
Arden más en virtud los corazones.

Cubra de blandas rosas
Y temple la divina Poesía
Las cuerdas no orgullosas
De la cítara mía;
Mas tú mis pasos generosa guía.

Mis hermanos presentes
Ampára, ¡oh madre! su vivir guardando:
¡Oh diosa! a los ausentes
Llévame en sueño blando,
Sueño que nunca amargue despertando!

Si el objeto primero
Tú de mi culto y mis cantares fuiste,
En el trance postrero
Ay! a mi lecho asiste:
Después, de flores mi sepulcro viste!

1864.



XVIII

LA POESIA

(AL SEÑOR DON ALEJANDRO POSADA)

¿El prez de poesía
Desdeñas, Alejandro, y sus favores?
La ciega que vendía
Manojuelos de flores,
Hijas de la campiña y sus amores,

Cantaste dulcemente
Cuerdas pulsando de laúd sonoro; *
¿Y ahora indiferente
Le cuelgas? ¿El tesoro
Sagrado arrumbas que envilece el oro?

No es venal cortesana
La que sonoros números te inspira;
No melodía vana
Los ecos de su lira;
No sér mortal a quien propicia mira:

* Alusión a la bellísima poesía *La florera ciega*, publicada en *El Símbolo* y reproducida en mis *Traducciones Poéticas*.

Del ángel compañera,
Huésped es de la tierra y ornamento:
Ella humanó la fiera,
Y del mar y del viento
El impetu contuvo y movimiento.

Ella el dolor serena,
Y burla de los déspotas la saña:
Al hijo que en cadena
Gimiere, le acompaña,
Y en luz gloriosa su sepulcro baña.

Ni es todo lo que puede
Eternizar un nombre, vano acento:
No; que al mortal concede
Vivir siglos sin cuento
En sus versos que son su pensamiento;

Y que vuela y por cima
Del abismo de olvido se levante;
Y a otros salve y redima,
Como al Ideo infante
Elevó al cielo el águila rapante;

Asilo a la armonía,
Aquiles de los años al embate
Resiste todavía:
Sin el meonio vate,
En el polvo yaciera del combate.

Ni la bella Eliodora
Nos mostrara en perpetua primavera
Su faz encantadora,
Si amor no dividiera
Con ella el lauro del divino Herrera.

¡Guai triste! no te niegue,
Atenta a la venganza, sus favores
La diosa; y cuando llegue
Momento en que la implores,
Dura atape el oído a tus clamores!

1866.



XIX

A LA MEMORIA DE ADOLFO BERRO

POETA URUGUAYO

¡Poeta del consuelo!
¡Alma sensible, tierna!
¿Porqué tan presto el vuelo
Levantaste del suelo
A la región eterna?

¡Ah, cuando llora el hombre
En su beneficencia
Toda ajena dolencia,
Eterniza su nombre,
Y abrevia su existencia!

En tu muerte temprana
Semejas flor lozana,
Sobre el tallo partido
Doblada sin rüido
En su primer mañana.

Cual aromas nos dejas,
Dulces, sentidas quejas....
¡Adolfo, naces, lloras,
Por los que sufren oras,
Y a no volver te alejas!

Mas tu espíritu ¿dónde
Está? ¿En el yerto cráneo
Se evapora o se esconde?
Con latido espontáneo
El pecho me responde

Que existes, ¡dulce amigo!
Tú existes, yo te amo,
Y hondo placer abrigo
Cuando mi fe te digo,
Cuando amigo te llamo.

¡Existes, no lo dudo!
¡Jamás la nada pudo
Débil, oscura, fría,
Mover a simpatía
Desde su abismo mudo!

Dígnate dar alguna
Señal de acogimiento
A mi sincero acento,
Ora que la alba luna
Rueda en el firmamento.

Ora que el ancho suelo
Paz y quietud respira,
Ni céfiro suspira,
Dáme sentir tu vuelo,
Dáme escuchar tu lira.

¡Mi súplica indiscreta
Perdóna! Una secreta
Voz que habitas me dice
En región más felice,
Y que me oyes, poeta!

Si no me cupo en suerte,
Adolfo, conocerte,
Ni a ti volver te es dado,
Yo volaré a tu lado
Más allá de la muerte.

¡Pueda en tanto algún día
Besar la losa fría
Que tus cenizas sella,
Y derramar en ella
Una lágrima pía!

1864.



XX

A UN JOVEN POETA

Yo quisiera tener tu lira alada
Para encerrar en halagüeña estrofa
De un amistoso adiós los votos puros.
Espontáneo cantor, tú desde niño
En tu natal ribera el aire mudo
Poblaste de graciosas melodías,
Como en la selva el ruiseñor derrama
De sus fáciles trinos el tesoro,
Músico prodigioso que al poeta
Enseña a variar la voz del canto.

¿Viajas, dí, cual viajaba Evangelina
En busca de su amor, tú de tu musa?
Jamás en las pobladas
Soledades del mundo
Hallarás de tu diva inspiradora
La profética gruta y sacras fuentes.
Más allá de estas sombras impalpables
Dilátase un país en donde vive
Con sus prestigios la ideal belleza,
Que al foro de su lumbre nos convida
Con pálido fulgor. En parte alguna
Presente la verás. Tras uno y otro

Desengaño crüel, limpia de arcilla
Renacerá en tu pecho la Esperanza,
Que en blancas alas se remonta al cielo.

Suspirarás entonces

Nuevos cantares de inmortal dulzura,
Y en silencio a sus ecos respondiendo
Mi corazón palpitará de gozo.



XXI

LA ONDINA

(En un álbum).

Gallarda Ninfa que con niveo pecho
Rompe la espuma, envió a la Poesía
Un álbum que tenía,
De lindas conchas y de perlas hecho.

Y aguardando quedó la Ondina hermosa
Que con pluma de cisne bien cortada
Peregrina balada
En él pusiese la parnásea Diosa.

Mas la Musa sintió inferior su numen
A empeño tal, y devolvió, con esta
Breve y cordial respuesta,
A la onda azul el mágico volumen:

«Cándida hija del cerúleo seno,
Gentilísima y blanda nadadora,
A quien la tierra adora
Y arrulla el mar pacífico y sereno!

«Mi esfera, de prodigios y esplendores,
No produjo ficción tan hechicera,
Que competir pudiera
Con tu divina forma y tus colores.

«Tú eres la realidad y yo el anhelo;
Pues dadivosa en ti Naturaleza
Encarnó la belleza
Que yo al mundo en imágenes revelo.

«Góza de tus encantos, Ninfa bella;
¿Qué te sirven mis pálidos loores?
Ni olor piden las flores,
Ni busca luz la refulgente estrella.»

1885.



XXII

ADIOS

Adiós decimos sólo a lo que atrás se queda,
A lo que en hondo olvido a sepultarse va;
Mas a las cosas santas que guarda la memoria
El corazón sensible no dice adiós jamás.

Hermosa viajadora, cuando mi patria dejes
Tan fúnebre palabra no quieras pronunciar;
Dá una lágrima tierna a sus humildes flores
Y frescas en tu libro su aroma esparcirán.

1885.



XXIII

SOÑANDO

Recuerdos, ¿a dónde sois idos?
¿Qué se hizo mi fiero dolor?
Ya no oigo terrenos gemidos
Y ya mis sentidos
Envuelve tranquilo sopor.

Soñando, soñando, soñando,
Sin peso de incómoda cruz,
En vuelo cuán fácil, cuán blando,
Me voy alejando,
Huyendo del mundo y la luz.

Sin ruido, ni esfuerzo, ni huella
Alcanzo remoto confín,
Oh! debo al favor de mi estrella
La lámpara aquella
Que tuvo dichoso Aladín.

¿A dónde he llegado? ¿La estancia
No es ésta, do niño jugué?
Del huerto la grata fragancia
Se siente a distancia,
La vieja portada se ve.

¿Qué escucho? ¡Bendita mi suerte!
Mi padre me llama.... ¡Señor!
¿Mentira crüel fue tu muerte?
¡Al fin torno a verte!
¡Recíbe mi llanto de amor!....

Misterio! Soy hombre o soy niño?
Es esto vivir, o es soñar?
Visión! en mis brazos te ciño
Con hondo cariño;
Por siempre te quiero gozar!



XXIV

EL ALA MATERNAL

(A GERTRUDIS)

¡Pobre huérfana inocente!
Cuando sueño lento y grave
Rinde tus ojos, y eclipsa
La luz celeste que esparcen,

Y en arco alzadas tus cejas
Melancólico celaje
Perfilan, mientras los labios
Dulcemente se entreabren,

Tus ocultos pensamientos
Voy leyendo en tu semblante,
Y, allá, de ISABEL gloriosa
Miro los sagrados manes.

—¡Madre! ¡Madre!— ahogada gritas—
¡Cielos! ¡Qué dicha tan grande
Verte por fin! ¡Madre mía,
Nunca vuelvas a ausentarte!—

Ella responde, y murmura
Unas misteriosas frases
Con acento que tú entiendes,
En idioma que no sabes:

Ecos del amor del cielo
Que repetidos aplacen
Cual largas reminiscencias
De una música süave.

Y de la mano te guía
Por las tortüosas calles
De aquella antigua arboleda,
De aquel conocido parque,

Donde ella corrió gozosa
De niña — sitio que antes
Tántos prestigios reunía,
Y ahora solitario yace.

Juntas vagáis por aquellos
Laberintos naturales:
Todo es fragancia el ambiente,
Rosas a tu paso nacen.

Pronto el cielo se encapota,
Silba el viento, el rayo páрте;
Los árboles gemebundos
Sus regias copas abaten.

Muda la noche los troncos
En fantasmas colosales
Que te amenazan crujiendo
Con sus brazos de gigante.

Mas tranquila tú y contenta
Bajo las alas de un ángel,

Por las sendas de la vida
Sigues andando en imagen.

Cesa el sueño, y desaparece
La sombra amada, y en balde
Vas a abrazarla.... ¡Oh! no temas
Que jamás de ti se aparte!

Doquier halles almas nobles
Que en divino amor se inflamen
Y por calmar se desvivan
De la indigencia los ayes;

Doquiera encuentres al paso
Quien a la orfandad ampare,
Y a la desnudez abrigue,
Y dé la diestra al que cae;

Doquier palabras susurren
Que alivien hondos pesares,
Y húmedos ojos sonrían
Que de eternidad nos hablen,

Allí los rasgos vivientes
De la que muerta juzgaste
Verás, y oirás bendecirla
En fervientes homenajes.

Tesoro abierto su mano,
Centro su hogar de piedades,
A nadie que a ella acudiese
Despidió sin consolarle.

¡Y hoy cuántos su efigie miran,
Cual del puerto, el navegante,
La fausta estrella que siempre
Serenó las tempestades!

Oye también su alabanza
En los fúnebres cantares
Que al margen de su sepulcro
Entonan los patrios vates.

Mira su amor cuál revive
En el amor de tu padre,
Que de todos sus afectos
Unico blanco te hace.

Y aunque en soledad vivieses
Huyendo de las ciudades,
Allá te acompañarían
Los legados maternos.

Tu madre, tu madre misma
Se haría mudo habitante
Del más recóndito albergue
De los selváticos Andes.

Y allí de ella te hablarían,
Con las brisas de la tarde,
Melancólicos murmullos
De las selvas seculares;

Y un rayo de su mirada
Reflejarse en los cristales
Verías de intactas fuentes
Que tú a solas visitases.

Como cielo, ella te cubre,
Te circunda, como el aire;
Vive en tu espíritu el suyo,
Bulle en tus venas su sangre.

¡Cuán dulce para una hija,
Que en ser mil veces amable
Consista el ser veces mil
A su madre semejante;

Y que infantiles recuerdos
Y esperanzas eternas
Como en un solo hacecillo
En su corazón se enlacen!

¡Gertrudis! Cuando el vestido
De niña, ya esbelta, cambies,
Y sientas que a nueva vida
En ondas tu pecho late,

Cual flor que el seno desvuelve
Al soplo de auras geniales,
Entre el rumor de las hojas
Y los trinos de las aves;

Cuando en espléndida fiesta
Al raudo compás del valse
Entre concierto estruendoso
Sífida gires fugace,

Y artera en torno rondando
Risueña lisonja, halague

Tu oído, y quiera en tu mente
Verter su ponzoña de áspid,

Invóca a ISABEL entonces,
Que irá contigo impalpable
Para salvar tu inocencia
De peligros que la amaguen.

Ella cuidará que triste
Sombra tu candor no empañe
Cuando de la edad florida
Los amores te embriaguen.

Ella impedirá tus sienes
Con guirnalda de azahares,
Y lloverá bendiciones
Sobre las dichas que alcances.

Créce, y floréce, y que nunca
Tu filial amor desmaye,
Ya fortuna te convide,
Ya desgracia te amenace.

Créce, y floréce, y que siempre
De virtud la herencia guardes
Cual tesoro de tu alma,
Cual blasón de tu linaje.

¡Ten fe y esperanza, oh niña!
Peregrinos de este valle,
A sus hijos desde el cielo
Nunca abandona una madre!

XXV

EL SUEÑO DE LA INOCENCIA

¡Qué suave serenidad!
Fácilmente se divisa
En esa infantil sonrisa
Todo el candor de esa edad.

Mas yo en un niño que duerme
También presumo al viajero
Que entra en país extranjero
Inadvertido e inerme.

Ni recela al ver la senda
Que pisa al dejar la cuna,
Si habrá entre flores alguna
Oculta espina que ofenda!

Vivir es viajar; lo sé
Aunque joven; el semblante
Hundido, sale garante
De que cansado va el pie.

A humana faz no hace ultraje
Contratiempo repentino;
¡Son los soles del camino,
Son las fatigas del viaje!

Muchos hubieran querido
Nunca haberlo comenzado.
¡Cuánto amargo desagrado!
¡Cuánto doliente gemido!

Andando, adquirimos ciencia;
¿Pero qué comparación
Entre este agobiante dón
Y el sueño de la inocencia?

Vedle: espira sin anhelo
Fragancia consoladora;
¡Sin duda conversa ahora
Con los ángeles del cielo!

¡De grado yo volvería
A vivir la edad primera,
Cuando forzoso no fuera
Tras de esa aurora este día!

Mas aunque presagios ella
Induce de tarde oscura,
Es aurora mientras dura;
¡Siempre la inocencia es bella!

Llevan los niños consigo
Secreto inmenso tesoro.
¡Inocencia, yo te adoro!
¡Infancia, yo te bendigo!

XXVI

EL SUEÑO DE LA INOCENCIA

Hijo mío, ¿qué te aqueja,
Qué te oprime el alma, cuando
Aun sin habla das soñando
Esa extraña, esa honda queja?

Tú, si en gracia renaciste,
¿Porqué, dime, el puro ceño,
Otras veces tan risueño,
Muestras hoy turbado y triste?
*¿Qué dice el gemido
Del niño dormido?*

¿Es que alzar te asusta el vuelo?
¿Un celeste alado niño
No contenta tu cariño?
¿En tu madre está tu cielo?

¿O es que el ánima inocente,
Aunque ignora el mal, no ignora
Sus tristezas? ¿Es que llora
Algo vago que presente?
*¿Qué dice el gemido
Del niño dormido?*

Más sereno ya te miro;
No parece que sonría,
Y entreabierta todavía
Da tu boca algún suspiro.

Todavía en arco alzadas
Sobre un fondo de pureza,
En tus cejas hay tristeza
Mientras duermen tus miradas.

*¿Qué dice el gemido
Del niño dormido?*

Crece-rás. ¡Qué gran distancia
Echa el tiempo! ¡Cuál se olvida
Lo mejor de nuestra vida
Con la historia de la infancia!

De esa historia no hay cronista,
Ni una voz mortal la canta;
Aun mal firme nuestra planta,
Ni volvemos ¡ay! la vista.

*¿Qué dice el gemido
Del niño dormido?*

Nó! La pena que te hiere
Que honda así tu pecho exhala,
Ni del viento va en el ala,
Ni eco inútil nace y muere.

Ante el Juez de lo criado
Que no paga con olvido,
Será mérito escogido
Tu dolor aquí ignorado.

*Dichoso el gemido
Del niño dormido.*



XXVII

ACCION DE GRACIAS

Que fue me parece ayer
Cuando al hijo de mi amor
En lecho vi de dolor
Recia fiebre padecer.

¡Noche de fiera ansiedad!
Sin devorarme a mí mismo
La desgracia, del abismo
Medí la profundidad.

Padre feliz hoy me veo
Al recordar aquel trance,
Y mido todo el alcance
De la dicha que poseo,

Cuando en la frente querida
Siento, mis labios posando,
No ya febril, sino blando,
Todo el calor de la vida.

Ya el mirar enamorado
Gocé de mujer hermosa,
Y en su boca, abierta rosa,
Libé el néctar regalado;

Pero espira más dulzura,
Pálida aún, sonriente,
La faz del hijo inocente
Robado a la muerte dura.

¡Oh, cuán benigno visitas,
Dios de bondad, mi morada!
Por mi ventura colmada
Gracias te rindo infinitas.

1877



XXVIII

A MIS HIJOS

I

Hijos míos queridos,
Quién siempre aquí os tuviera
En el hogar unidos
Con la inocencia de la edad primera!

Vosotros de mi casa
Formáis hoy la alegría;
Veloz el tiempo pasa,
Y ¡ay! de la dispersión llegará el día.

Ley es que el padre muera,
Y que huérfano el hijo
Se agite en otra esfera
Con suerte varia y afanar prolijo.

Pero así como ahora
Con ojo os busco atento,
Si en turba bullidora
Corréis el campo atrás dejando el viento,

Os seguirá mi vista
Cuando más adelante
Voléis a la conquista
Del arduo premio de labor constante.

II

Cuando mis mustios ojos
Cierre la eterna calma,
Y helado mármol cubra mis despojos,
Os seguirá con su visión el alma.

Conmigo iréis, conmigo
Hacia el confín postrero;
Del bien o el mal que hagáis juez y testigo
Seré vuestro invisible compañero.

Como un eco profundo
Sonará en vuestro seno
La voz del padre, que desde otro mundo
Manda su bendición al hijo bueno.

Oh, guardad con respeto
Breves preceptos míos:
Nunca en el conciliábulo secreto
Entréis donde se sientan los impíos.

Ni sólo con paciencia,
Llevéis penas que envíe
Por vuestro bien la sabia Providencia;
Rendidle gracias y dejad que os guíe.



XXIX

DOS MUNDOS

(FRAGMENTO)

Tiéneme preso en mi hogar
La oscuridad más profunda,
La lluvia más iracunda;
No es llover, es diluviar.

Y en su monótono són
(Del cielo al fin voz caída)
Percibo que me convida
La lluvia a meditación.

¿Qué hacer ni cómo salir?
La salida es meditar;
Pues dése el alma a pensar
Que yo me daré a escribir!

Vamos: si ahora la cara
Viese a un filósofo grave,
Lo que un filósofo sabe
En limpio luégo sacara.

Preguntárale porqué
Bloqueada estrechamente,

Tan libre el alma se siente
Y tan claro a oscuras ve.

Y yo siendo él respondiera,
Sin presumir de profundo,
Que hay dos mundos en el mundo,
Uno adentro y otro afuera.

Los ojos son anteojos
Con que afuera el alma mira:
Libre por dentro ella gira
Cuando salir le da enojos.

No hay medio; así al acabar
El día, la noche cierra;
Así hay que dejar la tierra
Para internarse en el mar.

¿Son grandes estas regiones?
¡Qué lenguaje material!
¡Como si en reino ideal
Pudiera haber dimensiones!

Pero que existe, es tan cierto
Como lo más. ¿Quién no ha visto
Un mundo de amor, si en Cristo
Medita, el rostro cubierto?

¿Y quién volar no ha soñado?
¿Quién no ha calado un abismo
Al concentrarse en sí mismo?
En suma, ¿quién no ha llorado?

Que el llanto, de algo interior
Fiel aviso afuera pasa,
Como la luz más escasa
Revela un mundo exterior.

Pintor, escultor, poeta,
¿Qué hacen? A externas regiones
Sacar ciertas producciones
De aquella región secreta.

Y cuenta: la estimación
De objetos que venden ellos
No es tanto porque son bellos,
Mas porque extranjeros son.

Pues ¿no es mejor una fuente
Si en la campiña murmura,
Que si el pincel la figura
Silenciosa, aunque sonriente?

Aún más: nos parecen fieros
En carne un tigre, un dragón;
En mármol preciados son;
¿Porqué? Por ser forasteros.

¡Y raro tránsito, a fe!
Cuanto nos viene de allá,
Apenas la luz le da,
Petrificado se ve.

Por ejemplo: las figuras
De Rafael nunca dan

El paso que ya a dar van;
Siempre las mismas posturas.

Siempre Agamemnón rugiendo
Y París gallardeando;
Don Quijote braveando
Y Sancho Panza riendo.

Lo mismo he leído yo
De Eurídice, que salía
Al mundo, y la luz del día
En piedra la convirtió.

Este mismo pensamiento
Que una redondilla hospeda,
Tan fosilizado queda
Como la mujer que miento.

.....

1867



XXX

EL PORVENIR

Ya no hay sobre la tierra país desconocido,
Doquiera ya la humana curiosidad llegó;
Prodigios y secretos de la isla más remota
En libros ver podemos desde el natal rincón.

Mas guarda sus misterios el Porvenir! Cada hombre
Va, y para sí lo explora, para los otros no;
Y vario, ante sus ojos risueño asoma o triste,
Y excede a la esperanza o la marchita en flor.

Tú la niebla no temas que envuelve el horizonte,
Y avanza, firme el paso y alegre el corazón;
En la luz de tus ojos, en tu serena frente,
Leo, nuncio de dichas, la bendición de Dios.



XXXI

A CECILIO ACOSTA

Yo he visto a ingenios sublimes
Que al cielo inspirados suben,
O que en mitad de la vida
En la eternidad se hunden;

Y honra dar o dar afrenta
Vi a su omnipotente numen,
Que ya a la virtud, ya al vicio,
O solemniza o confunde.

Tú, a castigar no enseñado,
Sólo de hacer bien presumes,
Y ese manto es gloria todo
Con que a tus hermanos cubres.

Lo que en otros artificio
En ti, que honor distribuyes,
Es caritativo empeño,
Es generosa costumbre.

Ni sólo en amigas alas
Alzas mi nombre a las nubes,
Mas cual la luz a las cosas
Me das colores y lustre.

Cuánto de Dios es imagen
El que, cual tú, de hacer guste
Merced, por el bien que cede,
No porque en su bien redunde!

Yo ruego a Musas ya esquivas,
Que un último dón no excusen,
Y mi voz que entre civiles
Luchas se enronquece, endulcen,

Porque al tuyo dadivoso,
Eternas gracias tribute
Mi afecto reconocido,
Cual a hidalgo pecho cumple.

1873



XXXII

ADIOS A LA POESIA

Olvidar yo no puedo tus favores,
Gloriosa inspiración! Pero tus flores
 Secó fortuna impía,
Y pues trueca en flaqueza el ardimento,
Vengo al ara a dejar el instrumento
 En que cantar solía.

Finada es mi misión. ¿Ni quién admira
Que el humilde cantor cuelgue su lira?
 También el Genio osado
Que a las regiones se encumbró del cielo
Bajó a oscura mansión en tardo vuelo
A llorar y gemir desengañado (1).

Huye y se oculta la ideal belleza;
Se apaga el canto, y cae la tristeza,
 Y tus ecos süaves
Se van ensordeciendo poco a poco;
De la imaginación se extingue el foco
 Con pensamientos graves.

(1) Alusión a los desfallecimientos de Miguel Angel.

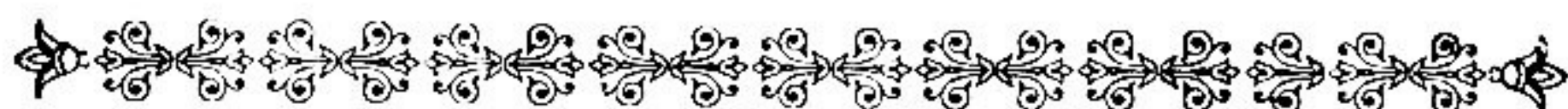
Tal con mágico brillo en Occidente
El sol el aire inflama suavemente,
Blancos celajes dora;
Pronto los tintes de su luz varía,
Arreboza la frente en nube umbría
Y el paisaje gentil se descolora.

Como el hombre, tuvieron las naciones
Sus edades; fue, rico de ilusiones,
Grecia tu ameno huerto;
Mas el ala tendiste fugitiva,
La humana gente se hizo pensativa,
Y se pobló el Desierto.

Yo también fui poeta: hoy, solitario,
Cubro en vida mi sien con el sudario.
¡Oye mi último acento!
¡Adiós, adiós, divina Poesía!
De eternidad en la región sombría
A guarecerse va mi pensamiento.



CANTOS A LA NATURALEZA



I

PRELUDIO

¡Naturaleza, acógeme en tu seno!
Ave modesta, a tu abundancia pido
 Sólo un rincón sereno
 Donde ocultar mi nido.

El vulgar amador, sin ver el ramo,
De sus frutos colgantes le despoja;
 Yo le respeto, y amo
 La amarillenta hoja.

Muchos desdeñan tus virgíneas flores,
Y eres esclava que les das riqueza;
 No entienden los rumores,
 No admiran la belleza.

¿Qué mucho que tu amor selles y escondas?
Cual hijo vuelvo a ti, no como extraño:
 Con árboles, con ondas,
 Converso y me acompaño.

Mire otra vez la resonante selva
Al abrir la ventana de mi estancia,
Y a entrar por ella vuelva
Tu peculiar fragancia,

Que embriaga el corazón, y al alma inspira
Despertando sus íntimos sentidos,
Y torna de la lira
A endulzar los sonidos.

Y como nave en piélago sin olas
Sueltas las alas al amigo viento,
Con tu favor a solas
Vague mi pensamiento.

Oculto en musgo el manantial gotea,
Trina en lo hojoso el pájaro escondido;
Mi corazón desea
Tu oscuridad, tu olvido.



II

PRIMAVERA

¡Ilusiones de bien! volved las alas,
 Venid al pecho mío,
Mansión que en vuestra ausencia está sin galas
 Como fúnebres salas
Donde reina el dolor mudo y sombrío.

Ora los pensamientos pesarosos
 Se arrastran desmayados,
Ora de poseeros codiciosos,
 Revuelan vagarosos
De vuestra huyente sombra enamorados.

¡Volved al corazón, sueños de amores!
 Ya en la selva florida
Deshácense a cantar los ruiseñores,
 Y arroyos bullidores
Anuncian gozo nuevo y nueva vida.

Y el aire los ardores tropicales
 Inundan difundidos
De oro y azul en plácidos raudales,
 Y gasas nupciales
En torno envuelven los suspensos nidos.

Hoy desatan los seres sus cadenas
Cual leves mariposas,
Y olvidados de enojos y de penas
A regiones serenas
Se lanzan en parejas bulliciosas.

Vivir amantes y sentirse amados
Cual vivieron un día
Nuestros padres primeros fortunados
Para gozar creados
De la luz del Edén y su alegría!

¡Oh inmenso hervir de la creación entera!
¡Oh júbilo profundo!
Amor, y vida, y música doquiera!
¡Gloriosa primavera!
¡Regocijado despertar del mundo!

Y yo tras la risueña maravilla
Voy nostálgico y solo,
Cual gira al sol la mustia florecilla,
Como en mar sin orilla
La magnética aguja mira al polo.

Así también, cabe el estigio lago,
Las errabundas almas
De la opuesta ribera al vivo halago,
Tienden al aire vago
Con mudo afán las anhelantes palmas.

III

A LA VIDA SOLITARIA

(SILVA)

Valde urbem fugio, multas ab
causas; nec enim in turba esse
possum. Nihil hac solitudine iu-
cundius in qua careo omnium
colloquio.

Cic.

¡Gloriosa inspiradora!
Amiga del silencio y del reposo,
¡Plácida soledad! ¡Oh, cuándo el día
Llegará tantas veces suspirado
Que a tu asilo me vuelva deleitoso!
¿Cuándo será que el corazón te entregue
Con larga confianza
La ciudad olvidando y su rüido,
Puesto el atento oído
A la secreta voz de tu enseñanza?
Miseras vanidades,
Tumultuarias pasiones,
Huyen lejos de ti; tú a vagorosa
Contemplación sublime nos dispones.

Cuando en tu centro el ánimo reposa,
 La admiración se siente
 Que al Padre Omnipotente
Rinde la Creación; ya se alboroce
En saludar con el acento puro
De mil voces y mil la luz temprana,
 Ya en misterios se emboce
Y en el rumor nos hable del torrente
O del silencio con la voz arcana.

Feliz el que a los pechos de Natura
De inocente vivir en la dulzura
Placer bebió mayor que la esperanza;
Que contemplar no quiso los reflejos
Ni con ojo indignado ni envidioso,
 De alcázar suntoso
Do la ambición anida y la venganza!
 Feliz el que de lejos
Oyó nuevas del mundo, al mundo extraño,
Jamás autor ni víctima de engaño,
Y agradeciendo la bondad del cielo,
 Sin ansia ni recelo
Rodar vio igual el círculo del año

Feliz también aquel que de tu lado
 Conducido, cual Numa,
Por aura popular, no de su grado,
Del poder regio a la eminencia suma,
Supo mostrar a la asombrada tierra

El oculto saber que en ti se encierra
 Cuando con manso labio
 Y con ejemplo sabio
Fundó virtudes y ahuyentó la guerra;
Y alma siempre, como él, reconocida
 A tu ciencia escondida,
Gozó en volver a los nativos prados
 Y a los bosques sagrados
Adonde, suya, Egeria le convida!

Cuán bien se lleva, soledad, contigo
 La dulce poesía:
 En tu simple alegría
 Tú los vates formaste,
Y el eco a consultar los avezaste
 Del campo sin testigo.
 Tú eres aquella Musa
Que el renombre de Tácito elegiste,
 Tú la risueña al triste,
Tú la que nunca inspiración rehusa
 Al poeta modesto
Que al rumor se durmió de fuente grata
 Cual límpido arroyuelo
Que en süaves remansos se dilata
Y en muda noche el estrellado cielo
Y los sombreros árboles retrata.

Ya un tiempo disfruté de tus favores;
Tú misma me llevabas de la mano,
 Deidad cándida y pura,
 A la opaca espesura,

Al antro misterioso, a la colina,
O riberas de fuente cristalina,
Do canté tu alabanza y mi ventura.
¡Breve felicidad! Hora colgada
 Mi lira está y callada,
 Y nunca la despierto
Si no es a suspirar cuando suspiro,
Cuando los ojos a volver acierto
Y en lontananza tus boscajes miro.

Por ti del claustro la mansión tranquila,
Por ti el recogimiento religioso
Tal vez me sonrió; por ti sereno
 El desierto arenoso
Viera, y del mar el solitario seno.
 Si hoy mi vivir turbado
 Consagrar no me es dado
 A ti, Numen propicio,
Muchas veces me alejo del bullicio,
 Con mudo sentimiento
Silvestres ilusiones acaricio,
Y vagando sin rumbo a paso lento,
O abrigado en recóndita guarida,
Imploro fiel tu celestial venida.

1867—*Revisados*, 1884



IV

AL ANOCHECER

Esos regios cortinajes
Teñidos de oro y de púrpura
Que entre sus movibles pliegues
Al sol sus rayos ocultan,

¿Qué místicas alegrías
Festejan? ¿Qué aéreas nupcias?
¿Porqué se engalana el cielo
Cuando la tierra se enluta?

¡Ah! Son las Horas graciosas
Que vuelven acá una última
Mirada, mientras radiantes
A otras regiones alumbran.

La luz que llevan consigo
Ya el alto dombo no inunda;
La bóveda transparente
Amaga tornarse oscura.

Su cuerpo muestran los árboles
Ralo, y sus hojas aguzan,
Mientras sobre el claro fondo
Erizados se dibujan.

Yergue sus cimas el pino
Como góticas agujas,
Y con libertad parece
Aspirar a las alturas.

En tanto el sauce lloroso
Sus ramas flojas y mustias
Inclina, como agobiado
De más tristeza que nunca.

¿Soy yo el árbol que se abate?
¿Soy el árbol que se encumbra?
Aún no he leído en los astros
La cifra de mi fortuna.

Ni reina el fulgor del día
Ni las tinieblas nocturnas.
¡Qué vaguedad apacible!
¡Qué soledad tan augusta!

¡Cuán serena la mirada
Contemplando la Natura,
Ora fija se embebece,
Ora gira vagabunda!

El ánimo fatigado
Recréase en la penumbra
Que le envuelve, y fantasea
En suspensión taciturna.

El universo está en calma,
Y el gran silencio no turban

Sino las tímidas voces
Que enantes callaban mudas.

Ya del otero distante
Largo balido se escucha,
Y de uno en otro horizonte
El eco débil retumba.

Sale el alígero insecto
Que huyó la luz importuna
Del sol, y ahora en los aires
Sutil y errático zumba.

Ya la rana plañidera
Con voces altas y juntas
De fino teclado imita
Repetida nota aguda.

La brisa inquieta y süave
Que de las florestas húmedas
En la virginal fragancia
Mojó las rizadas plumas,

Con ímpetu bullicioso
En el follaje susurra,
Y olvido persuade, y vierte
Sueño su silbosa música.

La fuente que al valle rueda
Encanecida de espumas,
Con monótono rüido
Corre entre flores y juncias.

La traviesa golondrina
Rasa la tersa laguna
Y el vuelo agitado tiende
Hacia lejanas llanuras

La mirla pisa la rama
Inferior, y de una en una
Saltando hacia el dulce nido
Trémula endecha modula.

¿Soy yo el pájaro que anida
Y jamás de albergue muda,
O he de vagar como el ave
Que el mar peregrina cruza?

Guárdeme el cielo en mis lares,
Y en mi corazón no ruja
La ambición tempestüosa
Que a otros arrastró iracunda.

Manos extrañas no encierren
En la funeraria urna
Mis cenizas, ni mi sombra
Ausente gima y viuda.

Un amigo de mi infancia,
Con lágrimas de ternura,
Diga, al derramarla encima:
¡Blanda la tierra te cubra!

Sólo silvestres laureles
De la nativa espesura,

Den a mi túmulo sombra,
Den coronas a mi Musa.

Sólo en la enramada umbría,
Testigo de mi ventura,
Bañe mi tranquila huesa
Con tibios rayos de luna.

Sólo adormezca mis manes
Aura que aquí se perfuma,
La que con soplo aromado
Mi lánguida frente adula.

Y si algún pastor de Arcadia
Viene a honrar mi sepultura,
Leve me augure la tierra
Que vio ya rodar mi cuna.

¿Mas ésta es patria del alma,
O ella ha venido de algunas
Regiones desconocidas,
Y es de inmortales su alcurnia?

Este anhelo inconsolable
Que la inquieta y que la punza,
¿No es imanado recuerdo
Que a su centro no renuncia?

¿Y esa oleada dispersa
De ecos vagos, voces truncas,

De eternas armonías
No es resonancia confusa?

Alzarse en nubes las aguas,
Bajan a la tierra en lluvia;
Ellas de la mar salieron,
Tornan a la mar profunda.

Tal vuelve el alma atraída
A su oriente envuelto en brumas,
Y el pensamiento sus ondas
En la eternidad sepulta.

¡Ay! ¿Qué ilusión peregrina
Mi mente enciende y nubla?
¿Qué tierna reminiscencia
Mi pecho alienta y conturba?

¿Por qué al entrar de esa calle
Froncosa, al ver esa gruta
Hospedadora, mi planta
Tal vez se anima y tal duda?

¿A sus escondidas sendas
El corazón se acostumbra
A tal punto, que aun amigas
Apariciones le asustan,

Como niño que olvidadas
Caricias tal vez rehusa
Y de rústica nodriza
En el seno se refugia?

¿O teme que las cerradas
Heridas de antigua lucha,
Algún recuerdo renueve
Con enherbolada punta?

Me parece que la veo:
La de la breve cintura,
La del mirar que enamora,
La del acento que arrulla.

¡Es ella! Y aún no distingo
Si me esquivo o si me busca;
Siempre en su labio hay sonrisas;
Siempre en sus ojos dulzura.

No es más plácido el destello
Con que hora mismo relumbra
La estrella de los amantes
En la bóveda cerúlea.

Huye, pero no me esquivo;
Llámame, aunque no me busca:
Pienso que el cielo me enseña,
Oigo que un nombre pronuncia.

¡Es ella!.... ¿Soñada acaso,
O conocida? Mal juzga
Mi razón desmemoriada;
Torpe mi lengua se anuda.

Yo no merezco la orla
Tocar de su vestidura:

Quiero seguir sus pisadas,
Y rastros de luz me ofuscan.

Quizá yo mismo he tejido
Esa guirnalda caduca
Que ella al paso con sus manos
Deshace en hojas menudas.

¡Es ella! Negros cabellos
Velan su faz, ya difunta,
Y vaporosa, impalpable,
Se alza de la tierra impura.

Es ella! Nimbo glorioso
Sus castas sienas circunda;
Menos humana es su forma,
Más celeste su hermosura.

Vase, y la mente la sigue,
Mal los ojos la columbran,
Y el corazón que la adora,
Lleva cautivo en su fuga.

Se ha ido; y la noche avanza,
Y mi pensamiento ocupan
Los esplendores del cielo,
Las tristezas de la tumba.

V

BEATA SOLITUDO

Y yo a mis Genios dije:
Fabricadme un albergue oculto, inmune,
Y rodeadle de árboles umbrosos,
Y amuralladle con ríscosas cumbres,
Y dilatad encima
Cielos azules.

Allí amando y riendo
Las aguas y los céfiros circulen,
Aduérmanse las aguas entre flores,
En las hojas el céfiro susurre;
Todo sea armonías,
Todo perfume.

Allí vivan las aves
Sin temor, sin afán, sin inquietudes;
En los vecinos árboles aniden,
Gima la mirla, la torcaza arrulle,
Y en pacífico vuelo
El aire crucen.

Yo allí la vida pase
En compañía de las almas dulces

A quien benigna me enlazó la suerte,
Y en vago ensueño con placer me escuchen
 Cuando a par de las aves
 Mi lira pulse.

 Allí corran mis años
Del arroyo imitando la costumbre
Cuyas linfas tranquilas se desatan
Sin que nadie las cuente ni las turbe,
 Cuyos tenues vapores
 Al cielo suben.

 Allí mis pensamientos
Siempre serenos cual las blancas nubes,
En el seno del cielo se dilaten,
Y sin que nadie a dónde van pregunte,
 A la merced del viento
 Mansos ondulen.



VI

EL CABALLO

Al golpe del tridente neptunino
Gallardo apareciste; tu destino
Fue ser el compañero
De la raza de aquel que sin desmayo
Del alcázar del Sol ardiente rayo
Arrebató primero.

Tú al hombre, ansioso de mudar de estado
Cual Icaro infeliz, desheredado
De libertad, de cielo,
De esa incapacidad, de esa cadena
Le alivias, a que el hado le condena,
Con tu rápido vuelo.

Dicen que tú con ímpetu bizarro
De Jove arrastras el tonante carro;
Tú al alcázar supremo
Llevaste por los aires el Quirino;
Tú acompañaste a Curcio a su destino,
Y cerraste el averno.

Altivo esparces las tendidas crines
Y enarcas la cerviz, si los clarines
Ecos dieron de guerra:

Inquietos en sus órbitas los grandes
Ojos chispeas, la nariz expandes
Y golpeas la tierra.

Galas te impone el lidiador: el freno
Tascas luciente y espumoso, y lleno
De un numen te estremeces;
Y el recogido aliento dilatado,
Y el sonoro paso acelerando,
Vuelas, desapareces.

Tú en épocas de amor y honor guerrero
Salvaste, no una vez, al caballero
Robador de su dama;
Y a las selvas llevándolos contigo,
Fuiste en asilos mágicos testigo
De su amorosa llama.

Tú fuiste asombro al mundo americano
Dando salvar al atrevido hispano
Ignotas soledades.

¿Ni quién alcanza a numerar tus glorias?
Ligado estás en todas las historias
Al hombre, a las Deidades.

¿Cuál polvo glorioso no has hollado?
¿Dónde, con la de un héroe derribado,
Negaste dar la vida?
También a veces por la orilla bella
De río que sus ondas atropella
Con sonora estampida,

Al poeta pacífico llevando,
Con leve casco y movimiento blando,
Entanto que el ambiente
Puro respira de los campos, gloria
Das sin estruendo, y sin lidiar victoria,
Inspirando su mente.

1862



VII

LAS AVES

Aves, ¿dó vais cruzando la alta esfera
Risueña y limpia y clara?
Ay! quién como vosotras libre fuera!
Quién cual vosotras, ay! el vuelo alzara!

Blancos y deliciosos pensamientos
Despertáis en el alma:
Cuando os mecéis sobre los mansos vientos
Cual la esperanza sois que boga en calma;

Y cuando os alejáis apresuradas
Sois cual las ilusiones,
Ah! de puro atrevidas disipadas
Del porvenir abierto en las regiones.

Va a perderse el incienso allá en el cielo
Y allá en la mar el río;
No sé dónde, siguiendo vuestro vuelo,
Vuela a perderse el pensamiento mío.

Para la eterna inmensidad nacida
Gime el alma, y quisiera

En edades lanzarse sin medida,
En espacios hundirse sin ribera.

Por eso amar, volar nos place tanto:

El que ama los lugares
Y el tiempo olvida, ¿qué es el desencanto
Sino al fondo bajar de los pesares

Y volver a contar menguadas horas?

Ay! aves pasajeras,
De tristeza y amor inspiradoras,
De adioses y esperanzas mensajeras!

Os sigo con la vista; ya no os veo,

Y miro todavía,
Que absorta en la ilusión de su deseo
Os busca el alma en la región vacía.

Sombra y esclavitud cubren el suelo;

Siguiendo vuestro giro,
La alegre libertad que hay en el cielo
Gozo un instante, pues gozarla os miro.



VIII

AL TEQUENDAMA

¡Cuán glorioso apareces,
Regio torrente, entre la selva oscura
Que indómito estremeces!
¡Qué efímera y pequeña criatura
Mudo a tu vista el rey de la Natura!

El, que audaz señorea
Tierras, mares y vientos, si perdido
Por tus reinos vaguea,
Oyendo de tus aguas el bramido
Siéntese de pavor sobrecogido;

Y al contemplaralzada
Sobre ese antro que en vano te devora,
Del iris coronada
Tu frente, de los siglos vencedora,
Detiene el paso y tu deidad adora.

Del Sér Omnipotente
Tu eterna juventud y alma belleza
Son reflejo esplendente.
¡Qué pródigo, sin mengua en tu riqueza!
Cuán hermoso en tu misma terribleza!

Aunque en s3n de venganza
Pareces despeñado cataclismo,
Traes nimbo de esperanza;
Y siempre igual, bastándote a ti mismo,
Tu gozo buscas en tu propio abismo.

Ciñete en cerco inmenso
Tajada roca, y cual del ara santa
Se alzan nubes de incienso,
Del lecho que tu cólera quebranta
A ti la niebla en ondas se levanta.

Yertos en torno, inmóviles,
Sobre el hondo inclinados, compañía
Te hacen desnudos robles;
Aléjanse los ecos a porfía
Dilatando la horrisona armonía.

Destella en tus espumas
Cautivada la luz que inunda el suelo;
Medrosa ante tus brumas,
En inc3gnito rumbo tuerce el vuelo
El águila caudal, reina del cielo.

Nada, nada terreno
A tu grandeza y soledad se iguala:
Olímpico tu trueno;
Ni hielo ni segur tus bosques tala;
Aire de libertad tu seno exhala.

Envidian tu salvaje
Independencia caudalosos ríos

Que rinden vasallaje,
Y aun el viejo Oceano, a quien los bríos
Quiebran con pie seguro altos navíos.

No osaron dominarte
Industria ni ambición; no te sujeta
Con prestigios el arte:
Ciego el pintor tu instable faz respeta,
Tu voz ahoga el canto del poeta.

Y en tu órbita encantada
El alma se revuelve, y tu serena
Majestad la anonada,
Cual con garra tal vez de rabia ajena
Con su presa el león juega en la arena.

Si renaciese Apolo,
No en Tenedos ni en Delfos se holgaría;
En ti reinara sólo,
Y al parnáseo laurel desluciría
Sagrado ramo que tu selva cría.

¿Cuál semidiós, cuál hombre
Te vio primero, Tequendama undoso?
¿Cuán antiguo es tu nombre?
¿O cuándo hubiste un punto de reposo
En siglos de furor vertiginoso?

Mi alada fantasía
Tu origen indagando, en balde afana;
En balde asciende al día

En que asombraste a la bravura hispana
Y tumba diste a la riqueza indiana.

Fabulosas creaciones
Velaban ya tu misterioso oriente:
Pasaron cien naciones
Y mudóse la faz del continente;
Mas tú no cambias, inmortal torrente!

En tu roca cimera
Sobre espumas sentó su audaz pisada
BOLÍVAR: pasajera,
Cual la conquistadora de QUESADA,
Brilló ante ti su vengadora espada;

Que de tropel los años
Impávido tú ves correr delante
Ajeno de sus daños,
Y de imperios que se hunden ignorante
Tu diadema sustentas rutilante.

Tú como ayer, mañana
Envuelto irás en nebuloso manto
A la edad más lejana:
La misma soledad, el mismo encanto
Reinan por siempre en tu recinto santo.

Tu ignorancia del mundo
Enseña a despreciar sus vanidades.
¡Qué olvido tan profundo
Al huésped de tus términos persuades,
Oh hermosteador de agrestes soledades

¡Qué pausa de la vida
Como en vago soñar goza la mente,
Arrullada y mecida
Al sordo són de tu raudal hirviente!
El tiempo huyó, la eternidad se siente.

Tal vez osado y necio
Ríose de tus glorias labio humano:
Su frívolo desprecio
Hiélase al verte, que jamás en vano
Hirió al alma tu acento soberano:

Voz de Naturaleza,
Oráculo eternal, nuncio divino,
Que inspira fortaleza
En su senda dudosa al peregrino
Con fiel preludio de mejor destino.

Si no es silencio frío
La muerte, holgura sí y esparcimiento;
No lóbrego vacío,
Mas cobrar voz y luz y movimiento
En la mar, en los astros, en el viento.

Mirándote, la muerte
Yo siento: en tu grandeza engrandecido
Y con tus fuerzas fuerte,
Y todo en ti, de mí desposeído,
Gozo en tu gloria, y mi miseria olvido.

¡Adiós! Mi frágil canto
Cual tus nieblas que el cierzo desparrama,

Fallece: tu voz tanto
Durará igual, cuanto del sol la llama....
Mas no sin fin, soberbio Tequendama:

Día vendrá en que al suelo
Hable el Hijo del Hombre, y resplandezca
En las nubes del cielo,
Y el astro-rey sus rayos oscurezca,
Y tu clamor terrífico enmudezca!



IX

LA PAMPA

Aquí, de aislada altura,
Te admiro ¡hermosa pampa! cual del puerto
El ponto descubierto:
El, líquida llanura,
Tú eres piélago inmenso de verdura.

Todo igual en tu seno;
Lo mismo que en lejana edad ignota,
Sesgo aquilón te azota
Remolinando el heno,
O turba tu silencio ronco trueno.

Hoy, como entonces, riega
Manso, apacible, soñoliento río
En lánguido desvío
Tu silenciosa vega,
O hinchado hierve y como mar te anega.

Hoy, cual siempre, su velo
De purísimo azul sin una sombra
Tiende sobre tu alfombra
El dilatado cielo
Que cansa de las águilas el vuelo.

Y cuando más se inflama
Subido el sol en el cenit radioso,
Como siempre abundoso
El raudal de su llama
En vivas ondas sobre ti derrama,

Y con la misma tinta
Crepuscular, con que doraba enantes
Horizontes distantes,
Tu orla vaga, indistinta,
Hoy el astro, al morir, retoca y pinta.

Ni menos que en aquellas
Noches en que campestres soledades
Honraban las deidades,
Amorosas y bellas
Abájanse a tus valles las estrellas.

En tu recinto abierto
Ciudades que fundó la gente hispana
¿Qué son ¡oh gran sabana!
Más que el aduar incierto
Que el nómada levanta en el desierto?

Que si a tu linde asoma,
Medrosa la cultura ciudadana
Huye, y no te profana,
O su soberbia doma,
Y simple vive y traje agreste toma.

Ni un solo monumento,
Orientando al viajero, conmemora

De guerra asoladora
El estrago sangriento;
Ni una sola inscripción saluda el viento.

El bélico rüido
Cesó, y la sangre que corrió en la liza
Tu verdor fecundiza:
Vencedor y vencido
Mezclados yacen en común olvido.

Sólo el corcel publica
El exterminio de una antigua raza,
Y suelto se solaza
En la dehesa rica
Do su especie restaura y multiplica.

Tu magia me circunda,
¡Campo de soledad! y llega a el alma
En tu solemne calma
Eco de voz profunda
Que en placer melancólico la inunda.

Tiendo los pasos, y entro
En sendero sin fin. Siempre la misma,
Tu inmensidad me abisma:
Tienes doquiera centro;
¿Tu límite dó está? Nunca lo encuentro.

¿Quién viéndote no anhela
La libertad que indómita palpita
En tu zona infinita?

¿Qué espíritu no vuela
Al Dios que en ti su majestad revela?

No hay señal que recuerde
Lo que vio el Oceano, hirviente y hondo;
Y en tu ámbito redondo
Todo se borra y pierde,
Y sólo eterno vive el césped verde!



X

SILVANO

Cuando en el aula de mis padres regia
Hijo del bosque a visitarte vine,
Me preferiste entre amadores ciento,
Lálage hermosa.

Cedí al imperio de tus claros ojos:
Te amé, me amaste: de tu fe jurada
Testigo el cielo, y que te vi en mis brazos
Ebrio de gloria.

¡Y hora sin causa me aborreces! Y hora
Con ceño injusto me rechazas fiera,
O con glacial indiferencia admities
Mi ósculo tierno!

¿Qué te hice yo para tan vil mudanza?
Ay! ¿Qué me sirve apellidarte esposa,
Ni que la llama del amor más puro
Arda en mi pecho?

Por ti dejé mi libertad bravía
Y el fuerte cetro que empuñé en los bosques:

Bosques, y grutas, y sagradas fuentes
Lloran mi ausencia.

¡Adiós por siempre! A mi nativa selva
Triste y doliente y moribundo torno:
Con magas hierbas sanarán mi herida
Ninfas agrestes.

1880



XI

HIMNO A LAS ESTRELLAS

Plus ultra.

A vos, castas estrellas,
Gloria del firmamento y poesía,
Vuela el ánimo mía:
A vos, lumbreras bellas,
Absorto sigo las calladas huellas.

Entre la tierra oscura
Y vosotras ¡oh cuánta diferencia!
¡Qué benigna influencia,
Qué inefable hermosura
En la luz que llovéis, cándida y pura!

Huésped meditabundo
Ese templo infinito reverencio,
Cuyo vago silencio
Es cántico profundo
Al invisible animador del mundo.

¡Regocijad mi vista,
Moradas de la paz!.... Rueda en la tierra
El carro de la guerra
Y bárbara me atrista
Con despojos sangrientos la conquista.

Y la espada levanta
Que ha usurpado a la ley envilecida
Ambición homicida,
Y a la inocencia espanta,
Y de los buenos la cerviz quebranta;

Mientras los pasos mueve
Por senda tortüosa envidia fiera,
Y en torpe madriguera
El arma forja aleve
Que horror y estrago a las ciudades lleve.

¡Cuánta mísera escena!....
Vos ni al centro de alcázares reales
Ni a grutas infernales
Envíais la serena
Luz que los cercos superiores llena.

Vuestro imperio no es éste:
En apacible noche cesa o calla
La terrena batalla,
Y en claridad celeste
Bañáis el mar y la colina agreste.

Ni en el turbio torrente
Repetidos miráis vuestros fanales,
Sino en limpios cristales
De lago transparente;
En el remanso de olvidada fuente.

De un alma peregrina
Que huyó de lo precario y lo terreno,

Así el guardado seno
Vuestra lumbre divina
Con penetrantes rayos ilumina.

Sí, alumbráis al que os mira
Y en tinieblas dejáis al que os desdeña:
A quien despierto sueña
Y en soledad suspira,
Sonríe el astro que en el cielo gira.

Cristalinas esferas,
En la noche del tiempo tenebrosa
De belleza radiosa
Fuisteis muestras primeras:
¡Haya luz! dijo Dios, y hubo lumbreras.

De plácidos ardores
Origen sois: cuanto en el mundo hay bello
Ostenta vuestro sello:
Estrellas son las flores;
Sólo falta el durar a sus colores.

Toda onda que se agita
Es también de vosotras semejanza:
¿De temor o esperanza
Tierno pecho palpita?
Vuestra perenne oscilación imita.

A la beldad no fuera
Adorno, ni riqueza al mercadante
El fúlgido diamante,

Si robado no hubiera
Su haz de trémula luz a vuestra hoguera.

Y tan viva no prende
El amor en mirada de doncella
Su mágica centella,
Cual la que en vos se enciende
Y el éter cruza y hasta mí descende.

Las mismas sois que un día
En la paterna estancia, niño apenas,
En las noches serenas
Con sencilla alegría
Yo en mirar y en contar me embebecía.

De esa edad sin malicia
Vosotras me traéis en las memorias,
Cual de místicas glorias
Balsámica delicia,
Como süave maternal caricia.

¿Quién su afán no consuela
Mirando al cielo? De su hogar amado
Habláis al desterrado,
Y al que otra patria anhela,
Vuestro hermoso esplendor se la revela.

Mandáis silencio santo:
Sólo se oye en el seno de Natura
Voz de inmortal dulzura:
Bajo frondoso manto
Vibra de insomne rui señor el canto.

La brisa bullidora
Enmudece, y el vuelo pára esquivo
Cuanto ser fugitivo
Cruza el aire a deshora:
Naturaleza duerme; el ave llora.

A la inmóvil encina
Yo también, ignorado caminante,
Acércome anhelante,
Y me envuelve y fascina
El raudal de la música divina.

Entonces sí diviso
Traspassando, cual suelto cortinaje,
El rústico follaje,
Vuestro albor indeciso,
Me acordáis el perdido Paraíso.

El solitario acento
De alada flauta en la región vacía
Más grato no sería;
Más bizarro ornamento
No darías al combo firmamento,

En la noche primera
Cuando glorioso Adán hollando el prado
Cual rey de lo criado,
Bajo arcos de palmera
Contemplaba su virgen compañera.

De rebeldía el grito
Trocó de Edén la celestial ventura

En llanto de amargura,
Y huyó el hombre maldito
Cargado con el peso del delito.

Mas no la impia demencia
Que provoca diluvios vengadores
Manchó vuestros fulgores,
Y en concorde obediencia
Cumplís la ley de sabia Omnipotencia.

En vano el hombre daros
Quiso insana pasión, malignas artes;
Ya Oriones y Martes,
Ora engañosos faros
Imaginó vuestros destellos claros.

Quiso en vano de arpones
Armaros, y de garras vengativas:
Vos, todas compasivas,
Todas ricas de dones,
¡Sois de amor y piedad constelaciones!

¿Os diré semidiosas?
Yo vuestros nombres, vuestra esencia ignoro,
Mas humilde os adoro,
Y os aclamo gloriosas,
Y sin mancha y por siempre luminosas.

Tormenta desatada
El aire entenebrece; brama el viento;
Tiembra el hondo cimiento....

Mas el Señor se apiada;
Y es señal de perdón vuestra mirada.

Intima eterna muerte
El sol, al apagar su lampo de oro;
Mas vuestro aerio coro
Luz de esperanza vierte,
Y otra vida pregona y nueva suerte.

Vosotros la inocente
Mirada embellecéis, que lagrimosa
En vuestra faz se posa;
De la virtud la frente
Con diadema ceñís resplandeciente.

¡Cuántas dichas tempranas
Inmortales no hicisteis! ¡Cuántas veces
No acogisteis, en preces
De regiones lejanas,
El acorde gemir de almas hermanas!

Aun del triste cautivo
Propicias escucháis la ahogada queja,
Y por la estrecha reja
Con resplandor furtivo
Lleváis a sus dolores lenitivo.

Del viajador errante
En el desierto vuestra lumbre amiga
El cansancio mitiga,
Y a osado navegante
Marcáis el rumbo al término distante.

Y aunque nube siniestra
Cubra⁷ cielos y mar a la redonda
Y vuestra faz esconda,
El, por dádiva vuestra,
Lleva secreto imán que al polo muestra.

Vosotros, luminares
De todo lo distante, sois superno
Símbolo de lo eterno;
Las selvas seculares
Os rinden culto y los desiertos mares.

Pudo el agua y el suelo
Faltar; ¡vosotras no! Donde la prora
Ni el ave migradora
Llegaron en su anhelo,
Aun allí en soledad vertéis consuelo.

Que o huya o se remonte
El inquieto pensar, siempre brillando,
¡Más allá! vais clamando
Sobre el erguido monte;
¡Más allá! tras el líquido horizonte.

¿Quién de piélago ignoto,
Pudo guiar, sino vosotras solas,
En las revueltas olas,
Contrastado del noto
Del audaz genovés el leño roto?

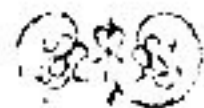
¿Quién su fe reavivaba,
Cuando incierto el timón, la sonda muda,

Nació pérfida duda,
Y a par le amenazaba
La chusma enfurecida, la onda brava?

¡Y avanza! Su camino
En los mares no está sino en el cielo;
El sigue vuestro vuelo,
Y al soñado destino
Triunfante conducís su frágil pino.

También yo a la contina
Vuestro favor imploro; yo, que admiro
De cerca vuestro giro,
Sobre esta cumbre andina
Que al océano etéreo se avecina.

¡Ay! Vosotras un día
En mares más remotos, cuando emprenda
Más incógnita senda,
Hacedme compañía!
Fuisteis mi inspiración.... ¡Seréis mi guía!



XII

AL FIRMAMENTO

¡Yo te bendigo, luminoso cielo!
 Revuelvo la mirada,
Y en esférico límite a mi anhelo,
Te ofreces tú, cerúleo, inmenso velo
 De la luz increada.

Ni el águila, por más que se remonte,
 Te encuentra, ni la palma
Que señorea esbelta el horizonte,
Ni vaga niebla, ni nevado monte;
 Pero te encuentra el alma!

Ella sola entendió tu voz arcana,
 Alto dombo luciente!
Tú el poder de la diestra soberana
Enseñas, y el amor que en ondas mana
 De la divina fuente.

Dividióse los términos del mundo
 De Adán la descendencia:
La sierra altiva, el litoral profundo;

Sin lindes fuiste ya, templo rotundo,
Nuestra común herencia.

Todos los seres con tu luz regalas;
Tú las nubes de incienso,
Tú recibes las místicas escalas;
La tierra envuelves en tus combas alas
Y el océano inmenso.

Tuyo ese sol con su fulgor radiante,
Tuya la fija estrella
Que camino señala al navegante
En triste noche y piélago distante
Do no hay faro ni huella.

De tu interior región la lluvia brota
Que el agostado campo
Abreva y regocija, o ya le azota
Granizo duro, y de la nube rota
Estalla hórrido lampo.

Mas tú, por cima del rugiente trueno
Y tempestad sañuda,
Permaneces pacífico y sereno;
Esplende el iris, y de gozo lleno
El orbe te saluda.

Lejos las nubes aquilón empuja,
Y tu fondo embellece
Cuanto en él se perfila o se dibuja:
La cordillera undívaga, la aguja
Que escalarte parece.

Tu áureo azul pabellón el real profeta
Cantó en su arpa sagrada;
Y a ti los ojos, como a dulce meta,
Vuelve el cristiano generoso atleta
Al rendir la jornada.

Ni de los sacros bosques la pavora
Que a meditar convida,
Ni del mar solitario la hermosura,
Cual tú arrebatan de la tierra impura
El alma desasida.

Si el eco de la voz jamás se apaga;
Si todo humano grito
En raudas vibraciones se propaga
Y eternamente resonando vaga
Por tu espacio infinito,

Insana maldición, cobarde llanto
No lleve a ti mi acento:
Recibe tú de gratitud el canto
Que elevo al Sumo Sér, tres veces santo,
Glorioso firmamento!



INDICE



HORAS DE AMOR

	Págs.
I—Flamma Victrix.....	7
II—Himno.....	8
III—Sueños.....	12
IV—Amor.....	18
V—Recuerdos.....	23
VI—Mirando al cielo.....	25
VII—A un amante.....	26
VIII—Mi espíritu.....	29
IX—El Asilo.....	31
X—Votos.....	33
XI—Guerra y Paz.....	35
XII—El Descubridor.....	37
XIII—Todo lo puedes.....	38
XIV—Desengaño.....	40
XV—El baile.....	42
XVI—La confusión de lenguas.....	44
XVII—El arca del diluvio.....	54
XVIII—El ensueño.....	61
XIX—Las almas buenas.....	64
XX—El llanto.....	65
XXI—La paz.....	67
XXII—Inmortalidad.....	69
XXIII—A mi mujer.....	73

ELEGIAS Y POESIAS VARIAS		Págs.
I—Preludio		77
II—Ellas		79
III—El piano.....		81
IV—Sicut Passer.....		82
V—Lo que pide el poeta.....		85
VI—La noche.....		88
VII—La melodía.....		91
VIII—Una idea.....		94
IX—Sobre la arena		97
X—El naufrago.....		98
XI—La oración.....		99
XII—Agitación.....		101
XIII—La vuelta a la Patria.....		102
XIV—El hombre y la Naturaleza		105
XV—El gusano rey.....		108
XVI—Los manes de Calderón.....		110
XVII—A la amistad		123
XVIII—La poesía.....		125
XIX—A la memoria de Adolfo Berro.....		128
XX—A un joven poeta		131
XXI—La Ondina		133
XXII—Adiós		135
XXIII—Soñando		136
XXIV—El ala maternal.....		138
XXV—El sueño de la Inocencia.....		144
XXVI—El sueño de la Inocencia		146
XXVII—Acción de gracias		149
XXVIII—A mis hijos		151
XXIX—Dos mundos		153
XXX—El Porvenir.....		157
XXXI—A Cecilio Acosta		158
XXXII—Adiós a la Poesía		160

CANTOS A LA NATURALEZA

	Págs.
I—Preludio.....	165
II—Primavera.....	167
III—La vida solitaria.....	169
IV—Al anochecer.....	173
V—Beata solitudo.....	181
VI—El caballo.....	183
VII—Las aves.....	186
VIII—Al Tequendama.....	188
IX—La pampa.....	194
X—Silvano.....	198
XI—Himno a las estrellas.....	200
XII—Al firmamento.....	209

